

UNIVERSIDAD DE CHILE
INSTITUTO DE LA COMUNICACIÓN E IMAGEN
Escuela de Periodismo

BARRIDOS POR LA NOSTALGIA: LA VIDA LEJOS DE CHILE

Memoria para optar al Título de Periodista

OLIVIA MORA CAMPOS

Profesor Guía: EDUARDO SANTACRUZ

Santiago, Chile
2006

INDICE

PROLOGO	
Recuerdos de un día de invierno, en Ginebra	4
INTRODUCCION	
Debate sobre la identidad	7
CAPITULO I	
La historia se repite	14
Primera ola migratoria	15
El autoexilio intelectual	20
Otros buscan dignidad	26
La otra migración	31
CAPITULO II	
Latidos de identidad	36
Identidades sin cirugía	41
Recreando espacios	45
Recuerdos que unen	53
CAPITULO III	
Sentires con matices	56
Nostalgias que agreden	58
Atrapando los afectos	65
Los otros sentimientos	70
CAPITULO IV	
Imaginarios afuera y adentro	72
Rescatando comunidades	78
CONCLUSIONES	81
ANEXOS	85
BIBLIOGRAFIA	87
DOCUMENTALES	88
HEMEROTECA	88

«Chilecito..., centro de mis continuas correrías y hospitalario villorrio..., no debe sólo su existencia al riquísimo distrito minero donde tiene su asiento, sino también a los esfuerzos siempre activos del andariego e industrial chileno que nunca considera a qué país se dirige, con tal que en él encuentre utilidad; ni hay rincón territorial donde viva con otros chilenos que no bautice Chilecito».

(Vicente Pérez Rosales, “Recuerdos del Pasado”)

PROLOGO

Recuerdos de un día de invierno, en Ginebra.*

En un café cercano a la estación de trenes la Gare, de Ginebra, me encontré por sorpresa con un viejo conocido de aquellos años de las hermosas utopías. Años sin vernos. Años cargando las mismas ilusiones nacidas en un día por allá hacia los finales de los sesenta, tras una corrida de cercos en los campos de Cautín.

Encuentro o reencuentro, sorpresa, a pesar que ambos continuamos en el exilio y viviendo en la misma ciudad. No es que Ginebra sea una gran urbe, a pesar de su importancia que pudiera decir o creerse lo contrario. Ni que hay que tomar algún metro para ir de un lado a otro de su geografía. Es que con el paso de los años los seres humanos tendemos a desdibujar las líneas paralelas de los caminos seguidos.

Y pese a todo, aunque parezca contradictorio, seguimos pensando más o menos lo mismo.

Chile, Chile, siempre Chile...pareciera que fuera el único país que existiese en el mundo, fuera de las fronteras inmediatas donde vivimos. No hay otro. No existe otro.

Llevamos más de una treintena de años pensando y viviendo con nuestra memoria, pese al tiempo y a este mundo globalizado, cada vez menos humano y solidario. Aquí dentro de estas fronteras, las nuestras, el olvido no ha pasado.

* Este texto fue escrito por Mario González Valdés, exiliado y residente en Suiza. Lo he querido reproducir porque expresa en toda su intensidad el profundo sentimiento de nostalgia que embarga a nuestros compatriotas que han visto que su país cambió, pero sin ellos presentes.

Seguimos viviendo un presente que nunca se ha borrado y mantenemos en nosotros, y con ello, nuestra experiencia para conservarla por más que el tiempo haya pasado y siga pasando.

Cada vez somos menos. Cada vez hay menos testigos y testimonios de esa época maravillosa que vivimos en el calor de nuestros sueños y de nuestras añoradas utopías.

No es que no hayamos cambiado, ni que Chile, no siga siendo el mismo en la lejanía de aquellas ilusionadas alamedas. Es que aquella verdad, se hizo más verdad que nosotros mismos y la de nuestras propias existencias. Demasiado para permanecer cerca. Demasiado para estar lejos del olvido y de la ignorancia de muchos por la historia vivida.

Nada es igual. Hasta el exilio se ha hecho diferente, se ha hecho más exilio, más lejano y más incomprendido. El exilio de ahora es el exilio individual, marginado. La última isla de una época, donde las fronteras de Chile estallaron en mil archipiélagos. La isla de los últimos poetas y de las últimas utopías. Cada vez más isla, en medio de ese océano de las espumas del olvido, donde los cercos se cierran lentos pero, ferozmente, con el paso del tiempo.

Seguimos en el mismo lado de la barricada. En la última trinchera de lo que fue y ha sido nuestra historia, a la izquierda de nuestra última isla y al oriente de la memoria, en la tormenta del olvido. El occidente, a la derecha de nuestra geografía, ha hecho el límite a la esperanza.

Nuestra izquierda, la misma de los archipiélagos, fue absorbida por el continente. Se transformó en una gran isla, lejos de la memoria, de su propia memoria, a la derecha de aquellas utopías y a la izquierda de las fronteras del neoliberalismo, disfrazada con los pálidos colores del conformismo como forma de gobierno.

A la izquierda del neoliberalismo. Me quedó golpeando esa pequeña y significativa frase pronunciada por mi viejo conocido, amigo y compañero.



No alcanzo siquiera a pensar en el sustantivo populista, ni tampoco el de progresista. Qué lejos está aquella época, cuando nos decíamos socialistas y hasta revolucionarios.

Cuanto sacrificio. Y sacrificio vano, costó nuestra nostálgica utopía. De ese sueño y de la ilusión dispersa de aquellos archipiélagos en las mil fronteras del mundo y de nuestra historia. Hasta quedar en una sola isla. Una sola. La de los nostálgicos de aquellas alamedas, que seguimos soñando con aquel presente, que sigue existiendo en nuestra memoria... y contra el olvido.

¡Cómo ha pasado el tiempo con su rastro y su huella!

Del café y de la conversación no queda nada. Las tazas hace rato habían quedado vacías, a la izquierda de nuestras mentes y a la derecha de aquella mesa donde estuvimos sentados, para dejarla abandonada y seguir nuestros caminos paralelos en la profundidad del exilio...hasta otro reencuentro.

INTRODUCCION

Debate sobre la identidad

Cuando nos encontramos, en cualquier parte del mundo, con algún chileno transterrado rápidamente se abren los candados de la caja de Pandora de donde salen huracanados vientos que transportan historias personales llenas de infinitas nostalgias, contradicciones, angustias, penas, temores y miedos. Y en el remanso de la calma aparece una luz de esperanza, media tímida, que se va haciendo fuerte con el correr de los relatos. El deseo de volver, quizá, un día al suelo abandonado. Luego, llega la reflexión certera de que el ser humano que ha experimentado la destrucción está más dotado para volver a reconstruirse por sí mismo.

Este es un denominador común en quienes han experimentado el alejamiento de su tierra, su familia, su entorno, sus amigos. Ellos tienen la sensación que aquí dejaron el alma y se fueron con el cuerpo. Rotas esas relaciones por una decisión propia u obligada de ir a buscar mejores condiciones de vida en otros lugares, o expulsados de su país por pensar distinto, resienten la ruptura no sólo en lo material sino también en lo espiritual. Las contradicciones y malestares, como también las alegrías y esperanzas, afloran en la lejanía a cada paso en relación con lo que dejaron y cómo lo dejaron.

Difícil es para quienes se quedaron entender las quejas de aquellos que han permanecido varias décadas o años fuera del territorio nacional, más aún cuando observan que una buena parte de ellos han logrado estándares de vida mucho mejores que los que habrían alcanzado en su patria. Enton-

ces, se preguntan ¿cuál es el por qué vivir soñando con el regreso, mortificándose y pensando en lo que fueron o pudieron haber sido?

Tal vez, la respuesta está en el fuerte conflicto de identidad que cada uno resiente. Habitan en sociedades extrañas, se sienten diferentes, hay que acostumbrarse al bilingüismo, a la reverencia de dos banderas y al choque cultural que provoca la necesaria integración. “La naturaleza misma del ser humano es un depósito de memoria permanente”, afirmaba Gastón Bachelard en “La Poética del espa-



cio” y al respecto agregaba: “No sólo los recuerdos, también las cosas que hemos olvidado están almacenadas. Todo espacio realmente habitado contiene la esencia del concepto de hogar, porque allí se unen la memoria y la imaginación para intensificarse mutuamente. En el terreno de los valores forman una comunidad de memoria e imagen de tal modo que la casa no sólo se experimenta a diario, al hilvanar una narración o al contar nuestra propia historia, sino que, a través de los sueños, los lugares que habitamos impregnan y conservan los tesoros del pasado. Así pues la casa representa una de las principales formas de integración de los pensamientos, los recuerdos, los sueños de la humanidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso”. *

* Citado en “La arquitectura de la memoria. Espacio e identidad” de Adolfo Vásquez Rocca. Un trabajo que ofrece una reflexión de obras de varios autores respecto a las ideas de Martín Heidegger sobre el “retorno al origen”, “las cosas vividas” y “el trato de las cosas cotidianas”. Revista “A Parte Rei”, Madrid.

En el otro sentido, algunos intelectuales posteriores a Sócrates han reconocido que uno de los grandes descubrimientos que hizo el filósofo griego fue constatar que “el individuo no nace libre, sino dentro de la historia, vinculado a una ciudad, y que todo eso que lo rodea, familia, sangre, religión y vecindad es lo que sitúa al hombre sobre una raíz”. Sócrates conocía muy bien las limitaciones del ser humano, dice Antonio Tovar en su “Vida de Sócrates”, y que “no puede ser cortado del ambiente en que ha nacido y tiene raíces que, delicadamente, penetran en ese ambiente, dando en vitalidad y fuerza a cada persona, lo que le restan de libertad de movimientos”. *

Y es que los chilenos migrantes son un compendio de todo aquello: el “depósito de memoria y los recuerdos almacenados” de que hablaba Bachelard, y “las raíces que dan vitalidad y fuerza” como lo señalaba Sócrates.

En los últimos años, con el advenimiento de la globalización y la masificación de las industrias culturales, el debate sobre la identidad, o las identidades, se ha generalizado en los foros académicos internacionales y también latinoamericanos. En Chile, la discusión se ha planteado con fuerza con motivo del Bicentenario a través del desarrollo de varios seminarios, mesas redondas y encuentros de reflexión que pretenden describir “qué es Chile y qué hace que nos podamos reconocer como chilenos, no sólo hoy sino también mañana”.

Historiadores, sociólogos, psicólogos, antropólogos y científicos se han hecho las más diversas preguntas y expresado distintas teorías, incluso algunos han llegado a argumentar que la palabra misma “identidad” les resulta incómoda. La historiadora Sol Serrano va al grano: “no me gusta el término, porque no nos permite distinguir los procesos de cambio y existe una tendencia a hacer de la

* En el capítulo XV -La herencia de Sócrates- Antonio Tovar trata de reconstruir la figura humana del filósofo griego y de “su mayor enseñanza que los hombres cuanto más corten sus raíces, más se aíslan de sus nutrientes culturales y tanto más pierden y se privan de sus virtudes”. En su época, Sócrates presintió el peligro de ver amenazadas las raíces profundas del individuo, la fatalidad histórica y la fragilidad del destino del saber humano.

identidad una lista de atributos, defectos, lo que se quiera, que terminan siendo subjetivos, aleatorios y poco explicativos”. *

El historiador Cristián Gazmuri opina que “uno de los rasgos mentales de la identidad chilena está dado por la influencia de la geografía”. Primero, el hecho de habitar en un lugar lejano; segundo, el aislamiento del país encerrado entre el inmenso océano Pacífico; la barrera inquebrantable de la cordillera; el desierto semidespoblado, y el Cabo de Hornos con el mar más feroz del planeta; y tercero, la conciencia de pobreza y las precarias condiciones de vida de los chilenos en los siglos XIX y XX”. Estos síndromes de lejanía, aislamiento y pobreza han marcado el comportamiento de los chilenos, incluso hoy, cuando los medios de comunicación y transporte modernos nos han acercado al mundo.

Esos rasgos han tenido que ver también con la tradicional hospitalidad que tiene el chileno, dice Gazmuri: “el extranjero que llegaba hasta Chile era tratado, por lo común, con gran cordialidad y a veces una generosidad rangosa que les asombraba. Era generosidad, pero también algo de complejo de inferioridad provinciana ante este embajador del mundo que llegaba hasta nosotros; reflejo de la intención de mostrarle que tenemos cualidades, que Chile es lo mejor del mundo o al menos tanto o mejor que su patria”... “los chilenos hemos mostrado un enorme amor al suelo, a esta tierra de fin de mundo, que es considerada de manera inconsciente y un tanto vanidosa, tan hermosa como la mejor, fértil y generosa; nuestro orgullo”. **

A juicio de José Luís Martínez, académico de la Universidad de Chile, “actualmente, la teoría de las identidades plantea que éstas se están construyendo en el presente y tienden a avanzar y no a retroceder. Es decir, recuperan elementos de un pasado para constituirse en el presente y validarse en

* “Revisitando Chile: Identidades, mitos e historias” (2003) una mirada multidisciplinaria sobre los conceptos de identidad con motivo de la celebración futura de los doscientos años de vida independiente. Ponencia: “¿Hay Bicentenario sin nación?”. Historiadora, Sol Serrano.

** Idem, Ponencia “Algunos rasgos de la identidad chilena en perspectiva pretérita”. Historiador Cristián Gazmuri.

el futuro. Esto no significa que esos elementos en el pasado hayan sido pensados como identitarios en ese momento, sino que hoy son significados como tales”. Asimismo, sostiene que debido a la disparidad social: “no se puede hablar de una identidad chilena, sino de momentos identitarios distintos, por una parte y, de diversos componentes sociales y humanos, por otra, algunos de los cuales no tienen el más mínimo interés de formar parte de una misma identidad con los otros”. Martínez, deja esbozado un interesante debate hacia el futuro: “con el advenimiento de los “Estados ciudadanos” el tema de las identidades se pondrán en discusión, ya que éstos supondrán la formación de varias identidades, visiones distintas pero, con capacidad de coexistir cotidianamente”. *

Al tenor de los testimonios y relatos, para los chilenos que salieron en diversas épocas no ha sido fácil la permanencia en sociedades extrañas. Si bien muchos han logrado salir adelante, obtenido trabajo y reencontrado una vida familiar tranquila, la historia de esta migración chilena también ha estado repleta de capítulos trágicos, discriminaciones, segregación racial, malos tratos, carencias de empleos dignos, falta de atención en salud y atentados a sus derechos humanos. En resumen, los mismos problemas que todo inmigrante soporta o paga como precio por la búsqueda de mejores niveles de subsistencia o de libertades. Son estos conflictos los que han cruzado, a lo largo de los años, la cotidianidad de sus vidas, sus familias y sus personales historias.

En esos territorios lejanos, ellos han creado o recreado sus propios mundos mientras tanto la soledad de las distancias han hecho aflorar idealizaciones, nostalgias y también contradicciones. No perdonan a la patria que los “aporreó” o los expulsó, que no les dio lo que necesitaban para su sustento, pero a la vez esperan con ansias el regreso; hablan de las bondades de su tierra, pero critican que han sido olvidados y nunca considerados. Es el síndrome de “no ser profetas en su tierra”, que hoy en medio de la globalización en que están insertos pareciera no tener un asidero válido. El diplomático

* Idem Ponencia: “Abrir las historias: a propósito de la historia nacional y de nuestras identidades”.
Historiador, José Luíís Martínez.

chileno, John Biehl, muy acertadamente señalaba en una entrevista que “las comunidades chilenas en el exterior, se diferencian de otras colectividades porque siempre están pensando en su tierra. En esto, decía, se parecen mucho al pueblo hebreo en lo de la tierra prometida”. *



El por qué de las nostalgias, es un tema que explica muy bien, Adolfo Vásquez Rocca, doctor en Filosofía de la Universidad Católica de Valparaíso, cuando afirma: “existir en el tiempo es pues sentir nostalgia, una gran nostalgia, no sólo del pasado sino también del futuro”. Interesante es la referencia que hace el autor de los poetas como “fundadores del ser”. Son, dice, los depositarios de los mitos fundacionales del linaje, de una familia y más tarde del pueblo. Y de la poesía señala: “Su labor como guardiana del mito, es instalar constantemente al hombre en su origen, en su pertenencia a la tierra, entendida ésta como la provincia, en oposición a la vida de la urbe donde con el advenimiento de la técnica ha acontecido el oscurecimiento del ser”. **

* Entrevista a ex embajador John Biehl en revista “Andes Pacific” de Miami, Diciembre 2004. Reflexión sobre las comunidades chilenas en el exterior.

** Al respecto, Adolfo Vásquez Rocca reflexiona sobre una entrevista realizada al poeta Jorge Teillier, en el periódico cultural “Noreste”, en 1989, quien comenta que “tener nostalgia es tener patria en el tiempo”. Es así, dice, como “el poeta no es el que escribe poesía, sino el que habita poéticamente el mundo”.

CAPITULO I

La historia se repite

Primera ola migratoria

El autoexilio intelectual

Otros buscan dignidad

La otra migración

La historia se repite

La historia de la humanidad está inundada de éxodos, migraciones y exilios. La búsqueda de mejores tierras, climas y mayores recursos para realizar y reproducir la vida material fue y ha sido el aguijón inquebrantable para perpetuar la especie humana. Estos desplazamientos, desde siempre estuvieron y están unidos a un mejor acceso a bienes y medios de subsistencia. A través de miles de años de cíclicas migraciones, pequeños grupos humanos se establecieron en determinadas zonas donde el clima y la fauna posibilitaban la supervivencia y la reproducción. Se iniciaba así, el trascendental proceso de sedentarismo, que paulatinamente fue absorbiendo en el transcurso de la historia a los que continuaban recorriendo la tierra para vivir y abastecerse.

El pueblo que mejor representa esta necesidad de asentamiento es el hebreo. En el Libro del Éxodo, en el Antiguo Testamento, se narra la travesía hacia “la tierra prometida”, luego de permanecer durante siglos en Egipto. El testimonio de la Biblia deja constancia, como en muchos relatos de los transterrados, de las penurias, desesperanzas, desencantos y también de la aparición del líder que guía en este peregrinar hacia un suelo más acogedor. Fueron oprimidos porque multiplicaban su raza, los transformaron en sirvientes de los egipcios, persiguieron a las mujeres que daban a luz, a los hombres causantes de la procreación y llegó el día en que Moisés les dijo: “os sacaré de la opresión de Egipto a la tierra del Cananeo, tierra que mana leche y miel”. Cuarenta años duró este éxodo hasta que llegaron a Canaan.

Los desplazamientos y migraciones han continuado durante siglos, y el advenimiento del siglo XXI encuentra al mundo con 190 millones de inmigrantes. El tema preocupa, ahora, a los organismos internacionales. La globalización que ha establecido la libre circulación de capitales y que tiene como escenario todo el planeta, supondría también aceptar la libre circulación de personas. Es una paradoja que esto no ocurra, actualmente, en los grandes países industrializados receptores de inmigrantes. Cada vez son mayores las restricciones a la movilidad de las personas y más compleja la supervivencia de los

inmigrantes en las naciones que los recibieron como mano de obra necesaria, provocando miedos, temores e inseguridades en grandes masas de población.

Detrás de aquellas restricciones se dejan ver las transferencias de dinero. Las naciones que registran un mayor número de emigrantes se ven altamente beneficiadas por esta población, que les ayuda a resolver los problemas de desempleo y además les proporciona una fuente de ingresos a las finanzas públicas, que muchas veces son casi iguales a las exportaciones tradicionales de los países en vías de desarrollo.

Primera ola migratoria

En el caso de nuestro país, las migraciones han sido inseparables de su conformación como sociedad y cultura, y sus causas han sido similares en las distintas etapas históricas: políticas unas, socioeconómicas las más, y también las hubo por razones personales y culturales.

En Chile, al igual que en el resto de los otros países latinoamericanos, hubo procesos donde los elementos autóctonos se mezclaron con la cultura europea, generando una simbiosis, que dio origen a nuestra forma de ser, pensar y ver el mundo. Los cientos de ibéricos pobres que llegaron a Chile, desde el siglo XVI, venían tras el anhelo de buscar en estas tierras aquello que la propia les negaba: “ser más, valer más” y también “ser libres”.

No fue distinta aquella situación a la que les tocó vivir a los miles de chilenos que en las distintas etapas de la vida republicana emigraron. Todos, sin excepción, han tenido en común, en algún momento de sus vidas en el extranjero, llegar a “ser más y valer más”, y buscar la libertad. Pero también han sido poderosos los sentimientos, las expresiones de nostalgias hacia la tierra que dejaron, las quejas del alma y del espíritu por las ingratitudes, los olvidos y el nulo reconocimiento de su patria a los servicios prestados mientras se desempeñaron en funciones públicas o privadas. Cartas, correspon-

dencias y relatos confirman que en el interior de cada chileno que deja su territorio están siempre presentes los entornos, los terruños, las familias, los amigos hasta los olores y sabores que dejaron y que recuerdan con intensidad.

Desde los albores de la historia republicana, y a partir de los acontecimientos desatados en el año 1810 con la formación de la Primera Junta de Gobierno, la emigración, el exilio y el destierro fueron una constante para los chilenos pertenecientes a diversas clases sociales y credos. Desde aquella época y hasta 1973, se constatan las tres más numerosas y masivas migraciones de los siglos XIX y XX.



La primera se produce tras la derrota de las fuerzas antimonárquicas, en 1814, en la Batalla de Rancagua. Años después, este proceso continuó con el abandono de Chile de los monárquicos, que se negaron a aceptar el nuevo orden político decretado con la Independencia de Chile en febrero de 1818. Posteriormente, uno de los más ilustres y primer autoexiliado fue el Padre de la Patria Bernardo O'Higgins, quien se radicó en la Hacienda Montalbán, cerca de Lima, Perú, donde murió en 1842 a los 64 años. En su numerosa correspondencia que envió a sus amigos, entre ellos el General José de San Martín, se quejaba con amargura de la ingratitud de los pueblos. “Este país, decía, sufre todos los males

consiguientes a los desórdenes pasados, en lo que lo envolvieron la ignorancia y la ambición sin cabeza ni dirección. Lamentan todos la falta de su mejor padre y libertador, y a la verdad que no serían tan desgraciados si hubieran sabido conservarlo, pero es triste condición en el ser humano no conocer el bien hasta que se pierde”. En su libro “O’Higgins”, el historiador Jaime Eyzaguirre, relata que “seguía ansioso el curso de las noticias de Chile...”. En la misma obra revela una carta enviada por el Libertador a Mariano Ramón de Aris, en 1833, en la cual afirmaba: “la verdadera causa de mi dolor y de mi pena por los obstáculos que hasta el presente han obstruido mi regreso a reunirme con mis compatriotas importa muy poco, no sea con el vacío de ciudadano que hoy día nada significa, mientras conserve la vida para guardar el más noble de todos y que no puede ser usurpado que es el de ser chileno de nacimiento”. En otra de sus correspondencias escribía: “compatriotas ya que no puedo abrazarlos en mi despedida, permitan que os hable por última vez”. El recuerdo de su gente y de su patria acompañó a O’Higgins durante todo su ostracismo.

Un siglo y medio después, un poema dedicado por Pablo Neruda lo recuerda así en uno de sus versos: “Te veo en el Perú escribiendo cartas/... No hay desterrado igual, mayor exilio/... Es toda la provincia desterrada”.

A estos exilios forzosos se pueden agregar, a partir de la década de 1830, los grupos de exiliados que produjo el primer conflicto político armado con características de guerra civil. Nuevamente, decenas de involucrados en este enfrentamiento tuvieron que salir, entre ellos el eminente general y conspicuo liberal Ramón Freire, quien había gobernado el país entre 1823 y 1826. Encarcelado y enjuiciado fue condenado al destierro en la Isla Juan Fernández y desde allí viajó a Tahití, y luego a Australia. Fue el primer chileno que llegó en condición de refugiado a ese lejano territorio, allá por junio de 1837.

En Chile había dejado una tremenda huella libertaria, incluso el mismo Bernardo O’Higgins, en una carta fechada en Lima en 1837, se “conduela de la suerte corrida por Freire”. En su gobierno se dictó la ley que declaró “libres a todos los esclavos”, perfeccionando así un decreto anterior de 1811

dictado por el Padre de la Patria sobre la “libertad de vientres”. Aunque su exilio fue corto, Freire confienciaba a sus amigos las terribles nostalgias que lo afectaban por la tierra que lo expulsó. Como a muchos chilenos, también a Freire se le conocen sabrosas anécdotas. En su paso hacia Australia recaló en Tahití, isla en la cual pretendía quedarse. Sin embargo, su condición de “Don Juan” le jugo un traspie. Se enamoró de una bella princesa nativa, sin el consentimiento de su tribu, y ante el disgusto de los lugareños debió abandonar raudo la Isla. En 1842, luego de la muerte de Portales es beneficiado con una amnistía y regresa a la patria, confiando en que su vida ya no corría peligro.



Mientras unos eran obligados a salir, otros lo hacían por razones voluntarias como fue el caso de John Christian Watson, nacido en Valparaíso en 1867. En 1886, con sólo 19 años llega a Sydney. Trabaja como obrero en artes gráficas, forma el Sindicato de Obreros Tipográficos y es elegido su presidente. Ingresa al naciente Partido Laborista australiano donde es elegido diputado, y como líder de esta colectividad asume, en 1904, la función de Primer Ministro de Australia. Fue el tercer Premier en la historia del naciente Estado. Curiosamente, este liberal mantiene por años una estrecha amistad y correspondencia con el Arzobispo de Sydney, Patricio Francisco Morán, nacido en Irlanda. En 1885, Patricio F. Morán había sido designado Cardenal de la Iglesia Católica australiana, en tanto que su

amigo Watson años más tarde alcanzaba el cargo de diputado al parlamento. Morán era hijo de un chileno “patiperro” de la Isla de Chiloé quien se avecindó y casó en ese país europeo. Morán comentaba ya en esos años, en una de las tantas cartas enviadas a su compatriota, que “el pensamiento de la Iglesia no se opone al socialismo democrático, ya que ambos buscan la felicidad del hombre”.

Esta primera ola migratoria también tuvo motivos económicos, algunos más personales que globales. El ideólogo conservador y de ideas autoritarias, Diego Portales, se instaló en la década de 1820 en Perú por afanes de negocios, que a la larga no le fueron muy rentables. Desilusionado de su fallida incursión comercial, regresó al país donde continuó con su trayectoria política.

Los enfrentamientos políticos entre quienes organizaban administrativamente el país fueron una constante en las décadas siguientes a la Independencia. Estos conflictos de poder reflejaban los agudos antagonismos de propuestas y visiones distintas, respecto al tipo de sociedad que se aspiraba construir. Cada uno de estos choques produjo un determinado número de emigrados, fundamentalmente, entre los miembros de la elite gobernante y social de la época.

Un denominador común en la historia nacional, desde las guerras civiles del siglo XIX, digna de resaltar es que siempre “los derrotados fueron los liberales”. Estos sectores progresistas, una y otra vez políticamente aplastados, se vieron obligados a buscar su nueva vida en tierras lejanas.

La misma dinámica se dio en los enfrentamientos de los años 1851 y 1859, cuando reconocidos miembros de la clase política liberal se vieron forzados a partir al exilio luego de ser vencidos por los conservadores. Igual cosa sucedió al término de la Guerra Civil de 1891 con los simpatizantes y seguidores de José Manuel Balmaceda que, masivamente, se exiliaron en Argentina, Estados Unidos y Europa para salvar sus vidas y pertenencias ante la arremetida revanchista de los contrarrevolucionarios conservadores.

El autoexilio intelectual

La corriente migratoria chilena del siglo XIX, también ha respondido a lo que se podría denominar el “autoexilio” intelectual, con prolongadas residencias en el exterior, fundamentalmente Europa. Aunque no tuvo connotaciones políticas ni económicas, el factor motivador fue la búsqueda de nuevos horizontes como muy bien lo resume esta frase lanzada por Francisco Bilbao: “Huir de la asfixia y la precariedad de una sociedad rural, aislada y aldeana que genera estrechos y autoritarios márgenes de desarrollo cultural e intelectual”.



Bilbao, quien emigró, regresó, volvió a salir y vivió cortas temporadas en lugares como Perú, Ecuador, Francia, Bélgica y Argentina, fue una mezcla de perseguido por sus ideas progresistas y libertarias, y de un inconformista intelectual. Fue un joven lleno de impulsos y de una preclara inteligencia. Con tan sólo 21 años escribe su mejor obra “La Sociabilidad Chilena” en la que por primera vez se hace una crítica a la actuación de la Iglesia Católica, lo que le trajo una serie de problemas e incomprendiones. En 1845 viajó a Francia donde observó y conoció los movimientos políticos que se gestaban y que culminaron con las revoluciones de 1848. Imbuido por estas ideas, retorna en 1850 al país y se vincula a los grupos sociales emergentes, funda la “Sociedad de la Igualdad” y crea el periódico “El Amigo del Pueblo”.

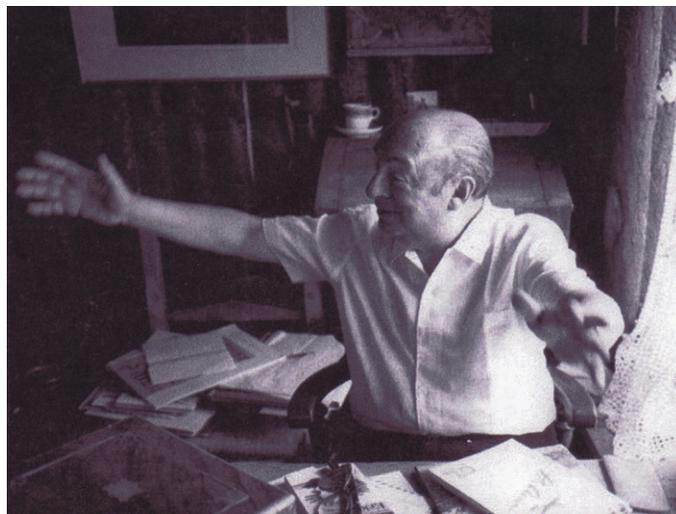
Su ambición por conocer la situación social y política que ocurría en otros países lo llevó a involucrarse en el movimiento político del general peruano Ramón Castilla, en 1854, cuando tenía 30 años. Deportado a Guayaquil, se dirige en 1855, nuevamente, a Francia donde publica una serie de ensayos sobre la unidad latinoamericana. En 1857 se traslada a Buenos Aires donde fallece a la edad de 34 años.

Otros intelectuales de esa época ansiaban emigrar a Europa para desarrollar su creatividad e imaginación, conscientes que en el Chile de aquel entonces la esfera cultural se circunscribía sólo a las ciudades de Santiago, Valparaíso y Concepción. Fue esta falta de perspectivas, de crecimiento intelectual, desarrollo cultural y apertura educativa, la que generó que una pléyade de chilenos talentosos y creativos se hayan afincando por décadas en Francia e Inglaterra, y que en muchos casos hayan encontrado la muerte en los países que los acogieron.

En el Cementerio Père Lachaise de París permanecen, hasta hoy, los restos del gran novelista y narrador social chileno Alberto Blest Gana, autor de “Los Trasplantados”, publicada en París, en 1904. En ella retrata con maestría la vida de representantes de una clase social alta y conspicua que se había instalado en Francia a fines del siglo XIX. “Es la historia de familias chilenas que se arruinan y decaen en la capital francesa queriendo, con un arribismo a toda prueba, renegar de su origen tercermundista. Las nostalgias de su país natal para ellos no existen. Por eso no hay en “Los Trasplantados” humor ni optimismo, sino una crítica violenta.”, comenta la reseña de la reedición realizada, en 1993, por la Editorial Andrés Bello. Al protagonista, exponente de una clase media esforzada, que había salido en busca del amor de su vida comienza a fastidiarle la vida en esa ciudad extraña y se pregunta: “¿qué hacía él en París, gastando en el ocio el tiempo sólo por no alejarse de ella, en vez de ir a recoger en su patria con su trabajo, el fruto de los grandes sacrificios pecuniarios de sus padres por darle una carrera científica? ¿Qué hacía él en París, viéndola a hurtadillas sin poder presentarse, humilde ingeniero apenas recibido, en el suntuoso hotel de la familia Canalejas?”

Magistralmente, Blest Gana, describe en otro de sus pasajes del libro la conversación de dos jovencitas y cómo sienten ellas a su país: “a mí también me obligan, puesto que quieren llevarme a nuestro país sin mi voluntad, siendo que aquí me he criado. Pero, tú comprendes que cuando oigo a nuestros propios compatriotas que llegan de allá y me dicen: señorita usted no podría acostumbrarse en su tierra, aquello es tan triste, tan insoportable... y los chismes... y el averiguar todo lo que hacen los otros...”

En ese mismo cementerio de Père Lachaise permanece la olvidada poetisa, ensayista y novelista Teresa Wilms Montt, quien se radicó en Francia, en 1917, y de la cual el poeta Vicente García Huidobro, dijo: “Teresa es la mujer más grande que ha producido América”. Se podría agregar que fue la primera mujer que tuvo el coraje, en una difícil época, de abandonar y pedir la separación a su marido, sobrino del Presidente Balmaceda, con quien su padre la había obligado a casarse.



Otros ejemplos de estos “autos exilios intelectuales” en la vida literaria de nuestros mejores exponentes y creadores son el poeta Pablo Neruda, quien escribió parte de sus obras en sus reiteradas ausencias de la patria. “Residencia en la Tierra” sale a luz, en 1933, en Rangoon, Birmania, en una de sus primeras designaciones diplomáticas en el año 1927. A comienzos de 1935, en plena efervescencia

de la República Española, recalca como Agregado Cultural en el Consulado de Chile en Barcelona, en el cual es considerado “un estorbo” por el entonces Cónsul Tulio Maquieira. Allí busca editores para su libro “Residencia en la Tierra”. Posteriormente, en 1948, durante su otro exilio europeo cuando el gobierno de Gabriel González Videla lo persiguió por sus ideas escribe “Los Versos del Capitán”, bajo estricto anonimato por su condición de “amante” prófugo.

En Neruda, también, se cumple el riguroso rito de los chilenos trotamundos: las nostalgias de la tierra. Su infancia en la región de La Frontera, los bosques, el viento, la lluvia, el mar, la familia y sus mujeres son importantes para entender el por qué su necesidad de estar cerca de Chile. En “Confieso que he vivido”, memorias póstumas que dejó inconclusas antes de morir en 1973, el gran poeta reconoce: “Es verdad. Las tierras de la frontera metieron sus raíces en mi poesía y nunca han podido salir de allí. Mi vida es una larga peregrinación que siempre da vueltas, que siempre retorna al bosque austral, a la selva perdida”. También, recuerda su último regreso a Chile, luego de recibir el Premio Nóbel de Literatura, en 1971. “Al volver a Chile me recibió una vegetación nueva en las calles y en los parques. Nuestra maravillosa primavera se había puesto a pintar de verde los follajes forestales. A nuestra vieja capital gris le hacen falta las hojas verdes como el amor al corazón humano. Cuando estamos lejos de la patria nunca la recordamos en sus inviernos. La distancia borra las penas del invierno, las poblaciones desamparadas, los niños descalzos en el frío. El arte del recuerdo sólo nos trae campiñas verdes, flores amarillas y rojas, el cielo azulado del himno nacional. Esta vez encontré la bella estación que había sido tantas veces visión de lejanía”.

En sus años de forzado exilio, Neruda, reflexiona en sus versos sobre sus destierros: “El exilio es redondo: un círculo, un anillo. / Te dan vuelta tus pies. Cruzas la tierra. No es tu tierra. / Te despierta la luz, y no es tu luz. / La noche llega: faltan tus estrellas. / Hayas hermanos, pero no es de tu sangre”. Y en su poema “Cuándo de Chile” recuerda: “Yo estoy hecho de tierra. / Voy por el mundo, / cada vez más alegre, / cada ciudad me da una nueva vida. / El mundo está naciendo. / Pero si llueve en Lota, / sobre mí cae la lluvia, / si en Lonquimay la nieve / resbala de las hojas / llega la nieve donde estoy...” En

charlas interminables con sus amigos en el exterior les decía: “me entra por las narices hasta el alma, el aroma salvaje del laurel, el aroma oscuro del boldo”. En sus palabras se reflejan, también, los sentimientos de muchos chilenos que por más que quieran al país que los acogió, sienten como Neruda en sus corazones las fuertes nostalgias de la tierra.

Lo mismo le ocurrió a nuestra poetisa Gabriela Mistral que por allá por la década de los treinta viajó por diversos países, algunas veces como Cónsul de Chile y otras aceptando invitaciones de gobiernos extranjeros. Escribió parte de su obra fuera de nuestras fronteras y en sus poemas es reite-

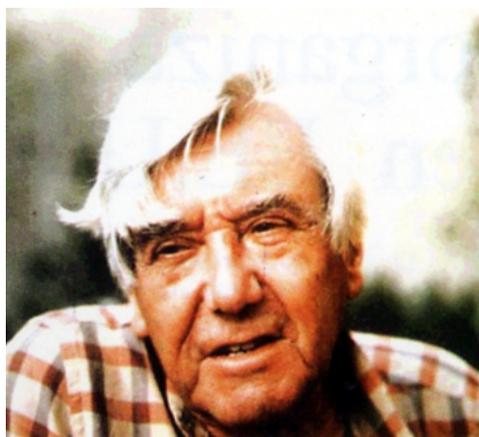


rativo el recuerdo de los caminos por donde transitó. En su poema “La tierra chilena” la idealiza en estos versos: “danzamos en tierra chilena, / más suave que rosas y miel, / la tierra que amasa a los hombres / de labios y pechos de miel/... la tierra más verde de huertos, / la tierra más rubia de mies, / la tierra más roja de viñas, / ¡que dulce que roza los pies! Y en “Desolación” exclama: “los barcos cuyas velas blanquean en el puerto/ vienen de tierras donde no están los míos; / sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos/ y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos”.

En sus andares por distintos lugares hace elogios del pan: “Huele a mi madre cuando dio su

leche, / huele a tres valles por donde he pasado: / a Aconcagua, a Pátzcuaro, a Elqui, / a mis entrañas cuando yo canto. /... “se ha comido en todos los climas/ el mismo pan en cien hermanos: / pan de Coquimbo, pan de Oaxaca, / pan de Santa Ana y de Santiago”.

Más allá de su poesía, al igual que su compatriota y poeta, toma parte activa en la solidaridad internacional con los afectados por la Guerra Civil española, destinando los fondos recaudados por su publicación “Tala”, en 1938, a los niños víctimas de aquel doloroso conflicto. En tanto, Neruda rescata en el barco Winnipeg, en 1939, a huérfanos, abandonados y familias de los derrotados republicanos y denuncia ante mundo a través de sus odas y poemas la sangre derramada por los senderos de España.



Otro de los narradores que, a principios del siglo pasado, permaneció largas estadías en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires fue Manuel Rojas, donde fructificaron sus mejores ideas, que después plasmaría en tantas de sus obras. Artistas de la talla del pintor Roberto Matta y del pianista, Claudio Arrau, se nutren en su creatividad y oficio de estos auto exilios. Hacen su recorrido creativo por Europa, también, el narrador, Enrique Zañartu; en escultura, Rebeca Matte, y en arte popular, Violeta Parra, quien permanece algún tiempo en Francia. El tenor Ramón Vinay es otro de los destacados que ve en el extranjero la necesidad de llegar lejos en los grandes escenarios operísticos mundiales.

Como en un rito que vuelve a repetir la historia, algunos regresan y otros se quedan, pero al final todos sienten las nostalgias de la patria lejana y piden ser enterrados en su suelo natal. Todos unidos por un mismo destino, muy frecuente para muchos compatriotas en el último siglo. En los ejemplos de los intelectuales, tal vez, sin estas influencias adquiridas y fertilizadas en el exterior, sería difícil comprender sus respectivas obras y cualidades. Significativamente, estos ejemplos se han multiplicado en el tiempo y en las generaciones que les siguieron, como es el caso del escritor Roberto Bolaño, quien escribió sus mejores obras en Barcelona y murió allí el 2005. Sin embargo, esta migración de intelectos, producto de desarrollos personales, económicos o exilios políticos que nutrió a tantos y los destacó en el mundo, para el grueso de la población chilena tuvo una escasa repercusión por su reducido volumen.

Otros buscan dignidad

La situación es muy distinta cuando se trata de las migraciones masivas de trabajadores, mineros, obreros urbanos y rurales, que desde fines de la segunda mitad del siglo XIX, protagonizaron un masivo éxodo en busca de mejores condiciones de vida y trabajos dignos. Aquella que la oligárquica sociedad chilena les negaba en las haciendas del campo. El Chile de los patrones, los latifundios y pulperías, lo que se reflejaba en jornadas de “sol a sol”, bajos salarios, obligaciones sociales injustas, ausencia de oportunidades y castigo en los calabozos de las haciendas, había conformado en buena parte del mundo del trabajo una verdadera sed de aspiraciones contenidas por una vida mejor, más allá de simple trabajo por la comida y el alojamiento.

Fueron las noticias provenientes de Norteamérica sobre grandes descubrimientos de vetas de oro, en la segunda mitad de la década de 1840, lo que provocó un masivo desplazamiento de trabajadores, peones y mineros chilenos que se embarcaban en el Puerto de Valparaíso rumbo al puerto de San Francisco, en California. Otros, a principios del 1900, se dirigieron a Perú para trabajar en las industrias guaneras; o en los campos agrícolas del centro y la Patagonia argentina y, también, a destinos más distantes y exóticos como Australia, pujante colonia inglesa en plena expansión en ese período.

Un chileno emigrado durante la fiebre del oro en California, Pedro Ruiz Aldea, escribía en la revista “La Tarántula” de Concepción, entre 1862 y 1870, sus “Cartas de Viaje” en las cuales describía lo que pasaba con sus compatriotas en esa aventura por el oro: “Los chilenos gozan en California de más ventajas y derechos que en Chile, este es el secreto de la emigración a este país. De los sudamericanos, el chileno es el más solicitado para los trabajos de la agricultura. Distinta es por cierto la condición de que gozan por acá nuestros peones e inquilinos”... “¿Cómo se les trataba en las haciendas? Como a negros bozales que están pendientes de la voz y del látigo del mayoral, duermen en los pajales, comen una ración de frijoles mal guisados, un ulpo de harina cuando hay, ganan un miserable jornal, visten con pobreza, y entran a menudo a la cárcel, a los cuarteles o a las chinganas”... “¿Cómo queremos que nuestros huasos se civilicen si los miramos como una raza proscrita, si nos aprovechamos de sus sudores para levantar nuestra fortuna, si los excluimos de toda participación en los negocios públicos y sólo nos acordamos de ellos en las revueltas?”... “para sustraerse de esta pobreza que les agravia, de los jueces y comandantes que le tiranizan, al cura que no le desposa si no le da una cantidad superior a la que puede ganar en unos o dos meses, emigra de su patria y se va al extranjero”... “También echa uno de menos esa tropa de vigilantes que duermen en las esquinas o aporrean al pueblo; de serenos que despiertan a gritos a los vecinos o zapatean en las chinganas; de soldados que languidecen en los cuarteles u hormiguean en las pocilgas; de empleados perezosos que trabajan con lentitud o no trabajan, en fin, no hay esos tipos, esas costumbres, esa degradación en que vivimos nosotros”... “En California es donde tiene su aplicación ese principio constitucional de libertad, igualdad y fraternidad”.

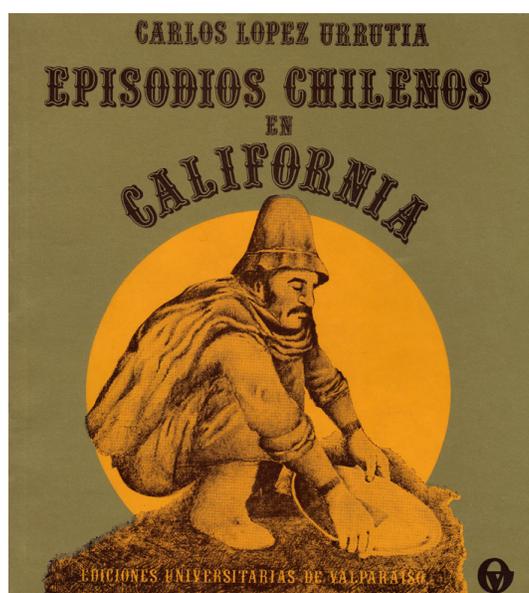
Pedro Ruiz Aldea, había llegado a California años después del inicio del boom aurífero, cuando las autoridades habían reglamentado la vida social, económica, ordenado las poblaciones y cuando los primeros emigrantes chilenos, allá por los años 1847 y 1849, habían soportado innumerables atentados a sus derechos laborales y humanos tanto por parte de los nativos como de las autoridades locales y estadounidenses.

En Estados Unidos, se inició una de las experiencias más características de los chilenos emi-

grantes, que dejaría una significativa impronta la cual, posteriormente, fue marcando a todos los grupos de chilenos que salían a incursionar en territorios extranjeros. Los mineros nortinos se unen a los trabajadores rurales del centro y sur para agruparse en pequeños poblados, los llamados “Chilecitos”, una práctica que se hizo muy común durante la fiebre del oro y que después se fue observando en muchos otros transterrados a lo largo de la historia migratoria chilena.

Es, en estos lugares, donde nuestros aventureros compatriotas reproducen sus propias formas culturales, sus virtudes y vicios, las picardías del “roto”, sus lenguajes regionales y todo el bagaje de conocimientos aprendidos en su tierra de origen.

Los censos realizados en la California durante aquellos años, 1847 adelante, aunque no entregan cifras exactas calculan en más de siete mil los chilenos avecindados en diversos lugares. En sus



informes, los investigadores dejaron constancia que “los chilenos no se dejaban censar y preferían pasar desapercibidos”. En su libro “Episodios Chilenos en California”, Carlos López Urrutia, cuenta que los censores tenían serias dificultades para realizar su tarea entre los chilenos. La picardía criolla salía a relucir por todos lados. “No faltaban quienes le tomaban “el pelo” al funcionario del censo, se

reían a carcajadas cuando el marido de “Margarita Peorra” dijo llamarse “Juan Embromado” y otro, para no quedarse atrás, declaró llamarse George Johnson, nacido en “El Pico”. También aparecieron nombres como “Papa Masticada”, “Juana del Pene”, o simplemente, pusieron de manifiesto sus apodos de “El Cabrón” y el “Cuidaputas”. Ante la ignorancia idiomática del Censista, quedaron así registrados en los censos”.

Carlos López Urrutia, uno de los pocos investigadores de esta emigración hacia América del Norte, afirma que “la primera oleada de emigración chilena se adelantó a las otras nacionalidades. A los argonautas del oro se les conoce como los del 49, porque fue ese año en el que afluyó el mayor número, pero los chilenos ya habían partido en 1847 y 48. El país estaba en crisis, las oportunidades en Chile eran escasas y aquí estaba la aventura y la riqueza de fácil adquisición. En Valparaíso, cada buque que se aprestaba a salir hacia California se llenaba de pasajeros tan pronto como anunciaba su viaje”. Interesantes son los relatos a través de las páginas de “Episodios Chilenos en California”, ya que logran ofrecer una visión pormenorizada de los acontecimientos, y de la dura y feroz lucha por lograr la obtención del codiciado oro.

Los sentimientos y nostalgias están siempre presentes en quienes apostaron a esa aventura y se encuentran descritos en las numerosas cartas que enviaban a sus familiares que habían quedado esperándolos en distintos lugares de Chile. “La vida es aquí un árbol sin sombra ni frutos. No hay comunicación de pensamientos, ni cambios de afectos del corazón, ni familias a quien visitar, ni modas, ni política, ni ciencia, ni amor, ni más aspiración que tener una gran fortuna”... “como todas las cosas son aquí excesivamente caras, hemos comprado entre todos un saco de harina con la cual hacemos tortillas a la chilena, y también un saco de porotos”, comentaba uno de esos tantos mineros.

En este empeño “andariego e industrioso”, como lo definiera Vicente Pérez Rosales, los chilenos modestos y humildes recrean su vida material, a la vez que trasladan en su equipaje mental toda su cosmovisión, formas de hacer y reproducir su sociabilidad. No esperan ayuda de nadie, sino que salen

a tallar su propio porvenir. Y tampoco falta alguien que evoca la imperiosa necesidad de contar con información de su país lejano. Así nació en San Francisco para “los chilecitos” de la región, en el año 1868, la gaceta “La Voz de Chile y el Nuevo Mundo”, editada por el propio el esfuerzo del aconcaguino, Felipe Fierro. A través de este modesto medio de comunicación, los chilenos se impusieron y tomaron parte de los acontecimientos previos, durante y después de la Guerra del Pacífico. A pesar de todos los aportes que hicieron llegar para el sostenimiento del conflicto, el periodista aficionado, Felipe Fierro, se quejaba de la indiferencia e incomprensión del entonces gobierno de Aníbal Pinto, quien despreció y nunca agradeció el apoyo que prestaron y brindaron desde la lejana California, en un momento difícil para la patria, estos chilenos emigrantes.

La numerosa presencia chilena en América del Norte dio origen, también, a mitos y leyendas populares, como la del controvertido bandido Joaquín Murieta, de quien se dice fue un mexicano, nacido en el norteroño Estado de Sonora, y que la policía de California “lo confundió y sindicó de chileno



porque sospechaban que sólo los chilenos se dedicaban al bandidaje” en aquellos despiadados años del boom aurífero. Un siglo más tarde, Pablo Neruda, lo rescata como una leyenda latinoamericana al inmortalizarlo en su celebre Cantata “Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta”, con música de Gustavo Becerra y que en su primera versión fue interpretada por Víctor Jara.

Por esos años, quien mejor describió las venturas y desventuras de los mineros chilenos,

durante la fiebre del oro norteamericana, fue Vicente Pérez Rosales en sus interesantes y vívidas crónicas “Diario de un viaje a California” (1848-1850) y en sus renombrados “Recuerdos del Pasado” (1882). Pérez Rosales, ante la carencia de plasmar en fotografías los hechos que observó, tuvo el cuidado de hacer ilustraciones de los acontecimientos de los cuales fue testigo presencial en tierras americanas. Dibujó con precisión a los mineros chilenos lavando la tierra para extraer el oro, sacando a pala y moliendo el mineral, escenas de la vida cotidiana, vestimentas, caza de animales para comer e indumentarias de otros latinoamericanos migrantes.

Respecto a cómo se instalaban y vivían los chilenos recién llegados, Rosales narraba: “apenas quedaba armada la carpa cuando ya corría el negocio, exhibiendo al lado de afuera y en plena pampa, botas y ropa de pacotilla, quesos de Chanco, sacos de charqui, que junto con harina tostada y sin tostar, se vendían a precio de oro”. En una de las leyendas de sus ilustraciones escribía: “sabido es que nuestro pueblo, flojo en su casa, no es de los que se quedan ociosos en plazas extranjeras”.

La otra migración

El doloroso parto por una sociedad mejor a fines de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, creó un huracán de conflictos que desembocaron, nuevamente, en furiosas ráfagas que dispersaron a los chilenos que pensaban que “era posible crear una nueva sociedad con justicia social y un



hombre nuevo solidario” a través de un camino democrático popular pero, constitucional. La derecha conservadora, como en las otros tantas etapas de la historia de Chile que hemos visto, se encargó de abortar los anhelos de un pueblo con el quiebre constitucional, la violencia y la tiranía militar.

Hacia extensas áreas geográficas, unas más cercanas y otras más alejadas, salió este nuevo Chile peregrino. La derrota de un proyecto histórico de país obligó a miles de hombres, mujeres y familias a buscar en otras tierras la tranquilidad para expresar sus ideas, el sustento para sus familias y el desarrollo intelectual que era difícil lograr en el Chile convulso y dictatorial. Esta diáspora esparció tanto sus penas como su decisión de lucha, desde Argentina a Australia, Canadá a Suecia, Finlandia a Brasil, Estados Unidos a Italia y en innumerables confines. Allí, fueron capaces de sobrevivir, crear, trabajar y expandir nuestra cultura en los más diversos rincones del planeta, con su dolor a cuestas y al precio de vivir con un permanente sentimiento de frustración causado por el recuerdo del fracaso y la tierra abandonada. Sin duda que ese sentimiento fue más fuerte en quienes fueron obligados a abandonar la patria que, en aquellos que por razones económicas, voluntarias, o en busca de experiencias personales dejaron el suelo natal y partieron por esos mismos años.

Pero, esta migración forzosa tuvo una connotación muy distinta a la pasividad que todas las anteriores habían mostrado hacia su país de origen. Los 230 mil expulsados, que según los Archivos de la Vicaría de la Solidaridad salieron entre 1973 y 1987, se transformaron en la más aguerrida oposición que tuvo un régimen dictatorial. En cada país donde arribaban los exiliados, se formaban asociaciones y comités de solidaridad y lucha por la democracia; creaban periódicos, programas radiales; presionaban en los Foros Internacionales y buscaban apoyos; organizaban encuentros, conferencias y recitales musicales; se escribían libros y ensayos; los partidos se organizaban y auspiciaban declaraciones y comunicados; y formaban centros hu-



manitarios para recibir a los que seguían llegando, maltrechos y en situación extrema por las prisiones y torturas. Era el Chile peregrino que reforzó por más de una década y media su identidad, sentimientos y nostalgias con la defensa de los valores de la libertad y la democracia en su lejana patria.

El cordón umbilical y la solidaridad con sus hermanos de identidad y raíces al interior de Chile, se acrecentaba con las incesantes ayudas y apoyos que enviaban desde el exterior los Comités de Solidaridad de Roma, México, Milán, Madrid, Argentina, Australia, Canadá, Suecia, Alemania y muchos otros. Sin duda, fue una diáspora única en toda la historia del país y el movimiento solidario que despertó en todo el mundo uno de los más característicos del siglo XX, sólo comparable al que se gestó durante la Guerra del Vietnam.

Producto de esta fuerte migración política y por las atrocidades cometidas durante los 16 años de dictadura, Chile entró en la escena mundial como “el primer violador de los derechos humanos



en el continente” situación refrendada todos los años, y durante una década y media, por la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

A principios del siglo XXI, los medios de comunicación acuñaron la palabra “patiperros” para definir a quienes buscan en otras tierras la aventura y el conocimiento. Aquellos que son el fiel reflejo del hombre inquieto que se lanza al mundo con lo puesto y que llega a residir en los más diversos lugares, pueblos o grandes ciudades y que sobrevive con lo que tiene a su alcance.

Aunque aparezcan muy distintos estos “patiperros”, todos sin considerar las causas y motivos por las que salieron, se inclinan afuera por ser parte y conformar comunidades con sus otros connacionales. Es obvio que la pertenencia a la tierra y a sus raíces, unos con sus kultrunes y otros con sus ponchos, sigue pesando en los pliegues de la memoria lo que les impide ser del todo parte de sus nuevas patrias. Por otro lado, nuestro país tampoco ha atendido ni ha sido amable con los que regresan. Chile, al parecer, ha sido y sigue siendo la madre de las mayorías que se quedaron y una madrastra indiferente a las minorías que han tenido que partir.



CAPITULO II

Latidos de identidad

Identities sin cirugía

Recreando espacios

Recuerdos que unen

Latidos de identidad

Conocer y constatar cuál ha sido la historia de sus vidas, sus necesidades, penas, alegrías y esfuerzos por sobrevivir en tierras extrañas; sus nuevos ideales y el cambio profundo que han experimentado es resarcir en parte su adolorida existencia. En definitiva, mujeres y hombres, frutos de este territorio que se han sentido muchas veces “huérfanos” en la inmensidad de la globalización que, hoy en día, los toca muy de cerca, pero que se aferran por mantener su identidad, unos más que otros.

Y es que en los testimonios de vida de estos transterrados late la gran historia de Chile con sus dramas, conflictos, crisis, pugnas de poder, cambios, retrocesos, pobreza y riquezas. Ellos, a pesar de los años, encierran en sus corazones no sólo el hecho de ser chilenos, sino el recuerdo de dónde salieron, las identidades logradas en sus propios y antiguos entornos que eran sus polvorientos poblados, comunas provincias y regiones.

Entonces, ¿Existe para quienes permanecen fuera de las fronteras la identidad chilena? ¿Cómo ven ellos su propia identidad lejos del suelo patrio? ¿Es igual su identidad, ahora, a la que tenían cuando estaban en Chile? ¿Qué elementos los une o desune, actualmente, con sus compatriotas del interior?

La respuesta a estas interrogantes las podemos encontrar en diversos testimonios, relatos, libros, documentos, cartas, poemas, narraciones y ponencias, escritos por ellos o por historiadores residentes en el exterior y, también, en Chile por académicos que se han dedicado, los últimos años, a reflexionar sobre nuestra identidad con motivo del cercano Bicentenario de nuestra República.

El más grande poeta mapuche contemporáneo, Elicura Chihuailaf, señalaba en una conferencia que “son cuatro las ramas fundamentales que se reconocen en toda comunidad humana y que constituyen el árbol de la identidad: un territorio, un idioma, una historia y una manera de ser”. Y estos contenidos están inmensamente profundos en el pueblo mapuche “para bien nuestro y para mal de otros”, dice.

Así lo confirma en otras palabras, Juan Rojas, nacido en Parral hace 53 años y que llegó a Alemania a los 20 años, solo y sin conocer el idioma, cuando afirma: “lo importante es saber de dónde vienen mis raíces, de dónde soy, quien soy, dónde nací, dónde me críe y donde estoy viviendo, ahora”. Fue difícil su salida como angustiante su llegada. “Al salir de una localidad campesina como Parral y llegar a una ciudad como Stuttgart, la vida me cambió radicalmente”, dice, y su fortaleza la logró aferrándose a la práctica del folclore que le venía por sangre. “Para darle un sentido profundo a este corazón que late a la distancia, porque es él el que te habla y te dice que tú realmente tienes otras costumbres, ideas, pensamientos, y otro sentido de vivir que hay que conservar, yo cultivo el folclore que lo llevo en la sangre y que lo entrego a otros compatriotas que viven en Alemania. Mi proyecto -Chilenos unidos por la cueca- me permite unir a la juventud, hijos de chilenos residentes, e inculcarles el amor por nuestra cultura y nuestra identidad que es rica en muchos sentidos. Con mi modesto aporte, me interesa demostrarles que ellos tienen otra parte de su vida que es ser chileno, que es una parte linda que hay que cultivar para que esa generación nacida afuera no pierda su identidad”. No es un dato menor que su traje de huaso lo acompaña a donde va.

Nuestros hijos, dice Juan Rojas, son una mezcla de alemán y chileno, ellos conocen y practican a diario la cultura e identidad alemana porque han nacido y vivido bajo ese entorno y sistema de vida. Pero, “a nosotros nos interesa dejarles en claro que ellos también tienen otra identidad: la que viene de la sangre de sus padres”. Y agrega “yo veo que a través del baile ellos sienten en el corazón los latidos de esa identidad que está adentro y que hay que rescatarla para que se sientan, también, chilenos, eso me reconforta”. Yo he tomado conciencia de eso, dice, y creo que es muy interesante transmitirles eso porque a nosotros -los padres- también nos ayuda y reconforta.

En este debate sobre nuestra identidad, que se está dando con motivo de los 200 años de vida republicana, se han presentado otras interesantes reflexiones. Unos de los más importantes fueron los diez Encuentros sobre “Identidades, Mitos e Historia”, realizados por la Comisión Bicentenario, entre el 2001 y el 2003, tanto en Santiago como en Valparaíso, Arica, Talca, Concepción y Punta

Arenas. A ellos también se incorporaron representantes de la llamada Décimocuarta Región de Chilenos en el Exterior. Fue la primera vez que una entidad nacional se aboca en forma profunda y extensa a analizar, a través de un conjunto de profesionales multidisciplinarios, la identidad del ser chileno.

En una de esas discusiones, el psiquiatra Rafael Parada, abordó los rasgos identitarios desde una perspectiva psicológica y antropológica. Interesante fue esta mirada ya que a su juicio el problema de la identidad “se abre inicialmente cuando se debe abordar el asunto de la memoria. Nosotros somos idénticos, porque somos lo que hemos sido ayer. Hoy, soy el mismo que ayer



estaba, a esta misma hora, haciendo una charla con los alumnos... La memoria me otorga continuidad, la sensación de ser yo el ejecutante de las cosas. Por tanto, el recuerdo que tengo es el de la ejecución de algo... El recuerdo de esa ejecución lo hace apropiado y establece mi continuidad"... Entonces, afirma: “el problema de la identidad en la persona o de una nación está ligado íntimamente a la memoria. Es, pues, historia”.

En otro sentido, agrega, “la identidad se configura de exterioridades determinantes: una

mezcla de lo que fueron todas mis primeras relaciones, mis padres, mis compañeros de colegio, mis profesores, mi estadía en las plazas, en los rincones. Es decir, todo lo que me va socializando a lo largo de la vida, eso será lo que me constituya. No fue simplemente un escenario donde yo viví y actué, una esencia interna sino que donde se construyó esa esencia histórica externa como terminal y no como el principio que después floreció”. Asimismo, reitera que “la identidad no es sólo una operación de mera igualdad matemática, sino un proceso con una dialéctica interna que lo gobierna”. Sugestiva es esta visión para entender lo que ocurre con la diáspora chilena que habita en diversos lugares del mundo.

El antropólogo, Jorge Razeto, reflexiona sobre las distintas identidades existentes en Chile en su documento sobre “Esbozos Identitarios del Aconcagua”. Para él “las identidades son significaciones culturales que se constituyen en torno a dos componentes: primero, la pertenencia, es decir de dónde soy, cuál es mi arraigo, quiénes son los míos, cuál es mi territorio, y segundo la referencia, de quién me diferencio, a quiénes considero los otros, desde donde comienza lo mío y lo suyo”. En esta lógica, acota, “es muy posible distinguir una enorme diversidad de identidades en que, efectivamente, practicamos los sentidos de pertenencia y referencia. En fin, una gran temática de escalas donde las identidades actúan en forma concéntrica, aportando cada una sus propias bases para generar identidad”. Nos parece fundamental, afirma, “diferenciar algunos aspectos sobre los que se construye la identidad en general y en particular. Ellas se construyen paulatina y progresivamente, existiendo, viviendo, trabajando, hablando, rezando, cantando, luchando. Y en los planos regionales identificamos la vivencia popular, la historia local, la practica ritual anónima, la vida cotidiana hecha historia, las diferencias entre familias, los grandes horrores, epidemias, alegrías, fiestas religiosas y locales”.

Estas miradas a la identidad, se ajustan significativamente a los comportamientos que se observan al interior de las comunidades chilenas en el exterior y que dicen relación con las regiones desde donde salieron y cuyos rasgos ellos trasladaron afuera, como lo constatan sus testimonios personales. Juan Rojas, nuestro entrevistado residente en Alemania, dice, que recuerda con gran intensidad la niñez

que vivió con sus siete hermanos en los campos de Parral y cuando integraba el movimiento juvenil católico, donde todos éramos como hermanos. “Yo me sentía acogido por la Iglesia, ellos se preocuparon de nosotros y esos recuerdos son maravillosos”.

La historia de Juan Rojas es distinta pero a la vez similar a muchas otras. “Yo no me fui voluntariamente del país porque era malo o no me gustaba, sino que me ví obligado a dejarlo. La dictadura había destruido a mi familia. Eran momentos duros. Mi padre y mi hermano habían sido detenidos y desaparecidos. La vida me cambió radicalmente, tuve que preocuparme de mi futuro en un país extraño, con otra mentalidad, aprender el idioma, tratar de adaptarme a otro tipo de gente y a sobrevivir”.

La socióloga Sonia Montecino, quien compiló en un libro todas ponencias de los Encuentros sobre “Identidades, Mitos e Historia”, habla sobre los cambios que se producen: “nuestras identidades, precisamente, por no ser esenciales sino construidas y cambiantes, se nutren y vinculan a una trama de significados que van más allá de nosotros, trama que se actualiza en el lenguaje que utilizamos en nuestros mundos simbólicos y en los recuerdos que somos capaces de compartir con otros”.

Al hacer referencia a la ausencia del suelo dice: “la desterritorialización cultural trae consigo un enriquecimiento y un acercamiento a otras experiencias, pero también la desvalorización o la falta de políticas de reconocimiento y de expresiones de la cultura popular, campesina, o de manifestaciones de las culturas locales, que ocasiona un empobrecimiento de los sentidos y de los lenguajes identitarios”.

Estas contradicciones de que habla Sonia Montecino, “el enriquecimiento de otras culturas por una parte y el empobrecimiento de los sentidos por otro”, es algo que observan con inquietud quienes han permanecido afuera por muchos años, como veremos en algunos de los relatos y testimonios personales que transcribiremos en este reportaje.

Identidades sin cirugía

En los relatos y opiniones vertidas por nuestros entrevistados, se puede observar que no son tan diversas ni distintas las respuestas que entregan respecto a la percepción que tienen sobre su identidad. Pueden residir en Holanda, Tasmania, Mendoza, Alemania o Australia, pero al momento de describir su identidad existe un denominador común muy potente del “ser chileno”.

Miguel Duarte lleva 19 años radicado en Tasmania, un territorio que fue colonizado por los ingleses y que por mucho tiempo fue considerado una inhóspita y extraña Isla donde pocos se atrevían a llegar. Desde 1987 cuando arribo a esa tierra, su entorno como ingeniero agrónomo ha sido la agricultura, el campo, los cultivos y también sus clases en la universidad. “Soy, dice, de donde nací y donde me eduqué. Pertenezco a mi continente lleno de promesas, de angustias y de catástrofes. Ni con trasplantes ni cirugías se puede borrar el lugar de procedencia”.

Obviamente, afirma, hay una serie de “contaminaciones”, las lingüísticas donde se mezclan el castellano y el inglés, pero nuestra regla familiar es hablar sólo castellano en casa; los hábitos van cambiando debido al funcionamiento cotidiano en sociedades distintas; la absorción de valores ajenos a la cultura chileno-latinoamericana es un asunto delicado que nosotros manejamos con mucha psicología, porque no es un tópico irrelevante. “Somos como árboles o plantas movidos a otro lugar. En esencia seguimos siendo los mismos, claro que lo que nos rodea es distinto, pero somos internamente transplantados y eso nadie lo cambia”, señala en su reflexión de qué es posible resguardar las raíces y la identidad fuera de la patria.

Para el escritor Pablo Garrido, que vive en Holanda hace 22 años, con una corta residencia de 4 años en Argentina, el tema de la identidad es potente: “la identidad chilena afuera, existe”. “Esta identidad es como una necesidad permanente para reafirmar quiénes somos y de dónde venimos. Especialmente en las Fiestas Patrias y al interior de las actividades de las organizaciones chilenas”. Yo

creo, dice, que es posible resguardar nuestras raíces e identidad en el extranjero, pero este recaudo hay que ejercitarlo día a día para que no queden desfasadas. Dentro de nuestra familia intentamos mantener los hábitos, costumbres, comidas, gozamos en las celebraciones nacionales, conservamos en casa el



idioma castellano y, ahora, a través de Internet nos ponemos al día con los nuevos “dichos”. Cuando vamos a Chile “recargamos las pilas” para continuar viviendo en estas sociedades que ya no son tan extrañas, después de tantos años de convivencia”.

Francisco Javier Lillo, actualmente funcionario de Impuestos Internos en Sydney, dejó su tierra natal en la Octava Región, en 1976, con “la frustración de no haber hecho realidad las utopías en que se había embarcado toda una generación en el Chile de finales de los sesenta”. Su opinión es que “la identidad para mí existe al interior de las organizaciones chilenas, los clubes deportivos, conjuntos folklóricos, grupos de teatro, campañas de solidaridad, donde nos convoca el ser chileno a reunirnos”. Estamos ciertos que “nuestra salida trajo como consecuencia una pérdida lamentable de una parte de nuestra identidad. Aún sentimos dolor por estar fuera de la patria”.

Miguel Molina, es uno de los tantos chilenos que viven en Mendoza. Hace 33 años, se desenvuelve en medio del quehacer social de la comunidad residente. Siempre, se muestra “muy conforme y agradecido de estar tan cerca de su país de origen”. Para él, sin duda, “es una ventaja porque la

identidad chilena en esa provincia argentina se conserva en toda su esencia, extensión y potencia”. Aunque viene, frecuentemente, a Santiago a ver a sus familiares, pocas ganas tiene de regresar porque, dice, “aquí tengo trabajo, seguridad social, además de educación y salud gratuita para mis hijos”. Al comparar los modelos de desarrollo de ambos países, el nuestro lo encuentra “excluyente, insensible y sin seguridades laborales” y éste es uno de los muros de contención que tiene para retornar.

Desde Canberra, Australia, Ramón Cornejo Ríos, quien lleva 35 años de residencia, en Australia, opina que “es imposible transmitir experiencias y vivencias a nuestros descendientes. Cada individuo experimenta y vive de acuerdo a su formación y creencias. No cabe duda que los hechos que acontecieron desde mi salida de Chile no tienen mucho significado para mi hija. Estoy casado con noruega, tengo una hija australiana, que aunque le gusta Chile prefiere Noruega. Todo mi grupo familiar se siente a gusto en Canberra, especialmente como el lugar de residencia permanente y definitiva”. Su familia y amigos son ya una vivencia lejana y olvidada.

Los logros y el nivel de vida que han alcanzado en cada uno de los países de residencia, como también los años que han permanecido afuera, han hecho cambiar en parte las apreciaciones que tienen sobre la identidad misma de cada uno. De lo que si están ciertos es que son chilenos, pueden reconocerse en cualquier parte, se alegran y les gusta encontrarse con un coterráneo. Pero, en cuanto a los elementos que compondrían afuera esta identidad existe una discrepancia de criterios entre nuestros entrevistados, que llama la atención. Desde Holanda, Pablo Garrido, responde: “es, simplemente, la necesidad de seguir siendo chileno, una especie de orgullo y la necesidad de reafirmar la nacionalidad ante el hecho de vivir en un país extraño donde te consideran extranjero, y a veces ciudadano de tercera categoría”.

Para Miguel Duarte de Tasmania “los elementos son atribuibles a un grupo de personas que están en contacto, la tribu. Hay mitos como el de las empanadas, la chicha, el vino, los completos, la cueca, la bandera, el himno nacional”. Muy diferente piensa, Miguel Molina de Mendoza, quien atribu-

ye “a nuestra cultura, los padres de la patria, la cueca, el Dieciocho, las empanadas”, como los elementos importantes para la identidad del chileno que está lejos.

Guido González llegó en un viaje de aventura a Génova, Italia, y allí se quedó hace 12 años. Chile se lleva en el corazón, dice, se busca y nunca se olvida. “Está en nosotros hacer grande a la patria dónde estemos, si hemos tenido que salir a vivir afuera por razones personales, no por eso no vamos a disfrutar de nuestras canciones, comidas, empanadas hechas con cariño por amigos que comparten nuestras aventuras. Entendemos que aunque nuestros hijos hablan otros idiomas y tienen sus propias vidas, nosotros sus padres, seremos y moriremos siendo chilenos”.



Desde Sydney, Australia, Francisco Javier Lillo, rescata: “nuestras raíces, cultura, manera de hablar, el haber llegado como chilenos exiliados y militantes de un mismo partido, forman parte de los elementos que nos han identificado en este país”.

George Ponce, con más de 25 años de residencia en Toronto, Canadá, aconseja: “es importante para la mayoría de los chilenos que deseen hacer una nueva vida en otro país, el que elijan un país de habla latina, con una cultura parecida. Es muy difícil acostumbrarse al estilo de vida, idiosincrasia y

mentalidades que tienen otras naciones”. Comenta “llevo dos décadas y media en Canadá y todavía no conozco a ningún chileno que no desee volver a su tierra, a su cultura y a su gente. Salir fuera de Chile, a otros mundos no hispanos, es como navegar en otros planetas”.

Recreando espacios

En su peregrinar, se ha advertido un denominador común en muchos chilenos sobre todo cuando las migraciones han sido masivas. Donde se han instalado tratan de recrear su propia realidad en simbiosis con la del lugar en el cual recalaron. Esta ha sido una constante en la historia de buena cantidad de nuestros inmigrantes, que ha sido confirmada en numerosos documentos y escritos sobre sus andanzas por el mundo.

Al poco tiempo de arribar a California durante la fiebre del oro, en 1848, los chilenos comenzaron a agruparse y establecerse en sectores que llamaron “chilecitos” y que nacieron fundamentalmente en tres condados de la región californiana: San Francisco, Santa Clara y San Mateo. Allí vivió más de la mitad de la diáspora que fue por el oro y la riqueza. El primero de ellos fue creado cerca de la localidad de Telegraph Hill y se le llamó “Little Chile”.



En “Episodios Chilenos en California”, Carlos López Urrutia, describe: “los chilenos se convirtieron en una clase singular. Pobres, ricos, futres y rotos, se establecieron todos en una quebrada que creció con la rapidez de una típica población callampa chilena. Como era de esperarlo se le llamó “Chilecito” y se dice que llegó a contar con 12 mil habitantes. Tenía ocho manzanas de mediana densidad de población, en tanto la ciudad de San Francisco contaba con 82 manzanas y su población, a fines de 1849, alcanzaba a las 30 mil almas”.

Luego nacieron otros los de “Chile Gulch”, en Jackson; “Chile Mill” en Murphy y “Chile Bar” en Sacramento, con una población dedicada al trabajo en las minas, comercio, labores portuarias y domésticas. En estos lugares, reprodujeron sus costumbres, hábitos, maneras de ser y una cultura que difería de otras comunidades extranjeras asentadas.

Vicente Pérez Rosales, en su “Diario de un viaje a California” (1848-1850) describía: “no, no vamos a creer que Chilecito era un centro de hampones ni una gigantesca casa de remolienda. Habían casas respetables, construidas de carpas, pero respetables, honradas y dispuestas a recibir al compatriota en desgracia”. Sobre la vida cotidiana en esos lugares decía: “por las enlodadas calles de San Francisco, caminaban hombro a hombro los Amésticas, Sanchéz, Crosses, Prices, Toros y Vargas. El lema y las condiciones eran iguales para todos”.

Esta modalidad de agrupamiento, que para ellos era recordar o regresar a la pertenencia de su suelo natal, les provocó alegrías, conflictos y desgracias. Los historiadores que han investigado los acontecimientos ocurridos, durante la fiebre del oro, relatan que uno de los atentados más sangrientos de todos fue el que afectó a toda la comunidad chilena. El escritor Ramón Gil Navarro en uno de sus escritos cuenta que por culpa de un asalto ocurrido en un sector de San Francisco, la policía dirigió su ataque contra el pacífico barrio de “Little Chile”. Cuenta: “la arbitrariedad y persecución recayó en los chilenos, primero que en ningún otro extranjero, al menos el primer crimen que se cometió, el primer escandaloso atentado contra el individuo y la propiedad fue el que se perpetró en

la persona de un chileno”, dice Gil Navarro. En este ataque hubo muertos, heridos, detenidos y destrozos de casas, muebles y enseres.

Otras acciones violentas contra los emigrantes chilenos, se registró en la llamada “The Chilean War” o “Guerra de Las Calaveras”, lugar donde se asentaba otro Chilecito el de “Chile Gulch”. En el Condado de Calaveras, los chilenos constituían el 60 por ciento de la población extranjera y “en las minas de California habían introducido el método nortino de lavar oro en seco, aventando el mineral de la misma manera que los campesinos del valle central limpiaban los porotos después de la trilla a yeguas”.

A juicio del investigador Carlos López Urrutia, citado en sus “Episodios Chilenos en California”, hubo “dos razones que agudizaron la situación de los chilenos: la primera fue que siendo más emprendedor que sus hermanos hispanohablantes, había tomado la delantera en las minas y, por esta razón, quien hablaba la lengua castellana se le presumía de ser chileno. Fue así como se nos achacó varios bandidos que no nos pertenecían, algunos como Joaquín Murieta”.

Además, en la zona de las Calaveras, en la denominada Quebrada Chilena, existían siete compañías mineras que eran la envidia de los norteamericanos: las de los Terán, Ruiz y Lara; Gutiérrez y Cisternas; Herrera; Montiel; Pérez de Oyarson; Maturana y Concha. Los mineros yanquis exigieron al Alcalde del Condado la expulsión de las compañías extranjeras de la región, acusándolas de ocupar esclavos para el trabajo minero. De todos los extranjeros emigrantes poseedores de compañías, los únicos que no cedieron a las presiones ni a sus derechos de propiedad fueron los chilenos por lo que al poco tiempo se les identificó como “subversivos”. Esta fue una de las causas de la llamada Guerra de las Calaveras en la cual los mineros chilenos hicieron frente con todo a los ataques de la policía norteamericana.

Durante varios meses, entre 1848 y 1850, estos enfrentamientos dejaron muertos, heridos y

detenidos. “Junto al vado de Las Calaveras, los chilenos sobrevivientes enterraron a sus muertos, colocando una inscripción que decía: un padre nuestro y una ave maría por el alma de los chilenos que fueron ejecutados aquí, el primero de enero de 1850”, consigna López Urrutia en su libro.

Otro ejemplo magnífico de esta dinámica mezcla de culturas es la producida, como resultado de un naufragio ocurrido, a fines del siglo XIX, en las costas del Pacífico en el Estado mexicano de Guerrero donde los sobrevivientes chilenos decidieron quedarse a vivir, se insertaron e integraron en la sociedad local. En la actualidad, sus descendientes aún resguardan, en esa zona tropical mexicana, nuestro baile que denominaron “la chilena”, y que es una variedad de la cueca, bailada en forma más rápida y con más vueltas que la tradicional. También, han conservado las tradicionales empanadas de pino.

De aquellos trágicos “chilecitos” creados en espacios californianos durante la fiebre del oro y de esos solitarios náufragos, a la fluida migración de nuestros connacionales allende los Andes, los casos son curiosamente similares, pero menos abundantes. En la década de los años treinta del siglo XX, un gran número de compatriotas del interior de la zona de los Valles Transversales del Norte Chico, fundamentalmente pequeños y medianos agricultores, se trasladaron a la zona de San Juan, provincia del Cuyo, fundando un poblado al que bautizaron como el “Chilecito” de San Juan. Los grupos estaban constituidos por familias enteras que en busca de tierras fértiles para cultivar, se instalaron a sembrar granos, hortalizas y viñas, primero para autoabastecerse y luego para venderlas en las zonas aledañas.

De hecho para ellos, la Cordillera de Los Andes fue, desde tiempos prehispánicos, un corredor intermigratorio importante. Primero, para los indígenas que utilizaban los ecosistemas andinos para la subsistencia de ellos y sus animales, y luego para las expediciones



de arrieros y baqueanos, tanto argentinos como chilenos, que iban y venían durante las estaciones en que crecían “los buenos pastos para sus reses”. El antropólogo argentino, Diego Escobar, en su libro “La vida de los arrieros y baqueanos sanjuaninos” afirma que “en Calingasta, San Juan, los chicos de la escuela dicen yo soy chileno, porque sus padres lo son. Aseguran que allí todos son chilenos y conocen la historia de este país, como no conocen la nuestra. El obrero, aquí, es en un ochenta por ciento chileno”. Y agrega “hasta el día de hoy los baqueanos y arrieros de Los Andes no poseen una clara definición de su identidad nacional”.

A medida que la época narrada es más reciente, dice, “la valoración de los chilenos se hace más ambigua. En declaraciones de algunos suele acentuarse, positivamente, como motor del desarrollo local el hecho que una comunidad, caracterizada como chilena, haya habitado un área del territorio argentino. En otras circunstancias, algunos acentúan negativamente el carácter chileno cuando se aplica a la población contemporánea”.

El antropólogo Escobar cita una conversación que le fue narrada por un argentino, y en la cual se traslucen “las idealizaciones del país” muy común en todos los que están lejos o cerca de su país de origen: “Además, tenemos que entender, viste, el sentir nacional que tiene el chileno de su patria... ellos son chilenos acá, en Chile, en Japón, en todos lados. Vos conversas con ellos y le decís un montón de cosas... y ellos te dicen... no, en Chile está bien. Y vos les decís... mire, estos cigarrillos... y ellos te responden... ah no... pero si nosotros tenemos otros mejores. Vos les conversas del tiempo... y ellos te responden... no, pero en Chile el tiempo es mejor. Les hablas sobre las frutas... y te responden... Ah, las de allá tienen más azúcar que las de acá. Y en un determinado momento ya rebalsabas, y daban ganas de decirle porque no se van al otro lado, entonces”. En la actualidad, dice Diego Escobar, “conviven en la voz de la población calingastina dos posiciones contrapuestas: diferenciarse de las marcas de identidad chilenas y de los chilenos, o enfatizar sus históricos y múltiples lazos con Chile”.

Parecido fue lo ocurrido en zona precordillerana de la provincia de La Rioja, Argentina, hacia

la cual afluyeron desocupados mineros del salitre en busca de nuevas formas de ganarse la vida. Este “Chilecito”, ubicado en el Valle comprendido entre las Sierras de Velazco, Famatina y Sanogasta, en el noroeste argentino, vive de la minería y el vino. Hoy por hoy, es la segunda ciudad más importante de la zona y mantiene con fuertes lazos con la Tercera Región de Chile.



Junto con las fiestas de la vendimia, históricamente, este Chilecito ha festejado sus aniversarios y en su plaza principal los stands de comidas ofrecen empanadas, humitas con zapallo, pimentón y queso, buenos vinos tintos y las infaltables sopaipillas. Efraín de la Fuente, es un profesor de literatura en la Escuela local que durante años ha enseñado a varias generaciones. Relata: “el nombre de la ciudad se debe a la llegada de chilenos a través de la cordillera, y eso explicaría el por qué este no es el único Chilecito argentino. Además del que está en la provincia de San Juan, hay otros tantos a lo largo de Los Andes. Bastaba con que hubiera dos o tres chilenos para que bautizaran los lugares como Chilecitos”.

En estos lugares, y dada la cercanía, las migraciones se desarrollaron desde los tiempos de la colonia. Incluso, las actas del Arzobispado de la provincia de Salta, Argentina, registran el primer enlace matrimonial entre una chilena y un argentino, allá por el año 1680, y en las que figuran como testigos de los novios varios chilenos ya radicados en Salta.

En la Patagonia argentina, si bien la migración chilena no recreó los “chilecitos”, esta población se agrupó en torno a barrios y villas dentro de las ciudades y localidades. Ellos cumplieron el mismo ritual de otros preservando su cultura, costumbres, hábitos y comidas. Pero, también la simbiosis cultural los alcanzó y permeó. Sus compatriotas los reconocían como tales, pero ellos hablaban y vestían como gauchos. En una buena mayoría estos desplazados provenían o pertenecían a una determinada región de Chile. Generalmente, eran familias que salieron de las zonas rurales de la provincia de



Chiloé, Punta Arenas, Lota o Temuco, acosadas por la pobreza, la falta de expectativas y en busca de mejores niveles de vida para sus hijos. “El siglo XX fue para Chiloé la era de las migraciones”, afirma Renato Cárdenas, etnógrafo en su estudio “La Saga del pueblo chilote”. Relata que “todavía púberes salían con sus parientes o vecinos hacia este mítico territorio patagónico, a través de las rutas marítimas de la Braun and Blanchard. Otras veces este viaje se retrasaba hasta el Servicio Militar. Era un rito de iniciación que, luego del cumplimiento con la patria, continuaba hacia una estancia lanera, hacia las minas de Río Turbio o se quedaban en Punta Arenas. En las estancias de Santa Cruz, Argentina, y otros sitios patagónicos, los trabajadores de los años veinte se involucran con los movimientos obreros y huelguísticos cuya represión militar arroja a más de mil quinientos chilotes muertos”.

En este Chiloé de principios del siglo XX, “la mujer siguió siendo el factor de estabilidad

social, desde la familia, porque ella no migró. Así también, los chilotes que retornaban a sus tierras nunca lo hacían con mujer argentina y muy ocasionalmente con chilena”, dice.

Otros antecedentes respecto a esta migración sureña, los agrega Leonel Galindo, investigador de idioma y folclore, en su estudio “Costumbres y tradiciones de Aysén continental”. Después del laudo arbitral de 1902, comenta, las autoridades argentinas de acuerdo a un precepto geopolítico, y al comprobar que más del 80 por ciento de la población que se extendía de Neuquén al sur era de



origen chileno, empezaron a poner ciertas exigencias arbitrarias a los pobladores que estaban en la zona. El censo de 1897 hablaba de 20 mil chilenos residentes en los territorios de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz.

La migración chilota se detiene por la década de los ochenta cuando aparecen las primeras industrias salmoneras en la región sur-austral que proporcionan trabajo a una buena parte de la comunidad isleña y continental.

La zona central de Argentina, generalmente las provincias del Cuyo, Mendoza, San Juan y San Luís recibieron una población chilena migrante, cuyo distintivo principal era una mezcla de trabajadores rurales y urbanos en busca de empleos, provenientes de la Quinta, Sexta y de la Región Metropolitana. Agrupados en villas y poblados, se empleaban en el área de los servicios domésticos, las mujeres, y en trabajos menores los adultos y jóvenes. A pesar de sus ansias por salir adelante no pasaron de ser un grupo social en extrema debilidad económica y social.

En otros países, estos agrupamientos fueron menores, pero existen como una forma del hábitat de los chilenos. Sin embargo, esta característica se da con mayor intensidad en quienes emigraron por razones económicas o familiares y cuya proveniencia fue el mundo rural o provincial, y no en aquellos que salieron de la capital en busca de nuevos horizontes culturales o expulsados por tener pensamientos o ideologías distintas a los detentadores del poder.

Recuerdos que unen

Los recuerdos son un rasgo mental que agrupan y unen a quienes resienten la lejanía del suelo originario. En el caso de los porteños, más que partir de Chile, lo que abandonan con el  alma herida y



apretada” es el Valparaíso de sus amores. El Puerto los amarra, fuertemente, con sólo añorar esa pequeña patria de cerros, ascensores, escaleras y rincones que se elevan al cielo en la punta de las quebradas, y sus plazas con historia de marinos que van y vienen, que tienen sus himnos, canciones y poemas. Las comidas y los olores golpean el corazón de los porteños en la lejanía a su tierra. Toda una particular emotividad y forma de ser, que incluso es capaz de generar un abanico de pertenencias en la comunidad porteña repartida por el mundo. Porque afuera, no es lo mismo ser del cerro Playa Ancha, que del Barón, Placeres o Cerro Alegre, todos infinitamente recordados y cantados con nostálgicas melodías en Estocolmo, Toronto, México, Sydney o Liverpool.

Algo similar, e incluso más acentuado hacia la pertenencia cultural, es lo que representan los chillanejos para quienes, ¡la verdadera patria creativa e intelectual es Chillán! La provincia de Ñuble, aunque pequeña y agrícola, ha sido cuna y origen de más de cien celebridades de todos los ámbitos del quehacer nacional. Los oriundos de esta tierra, reafirman y destacan a sus más renombrados hijos: Bernardo O’Higgins y Arturo Prat, pasando por el pianista, Claudio Arrau; el tenor, Ramón Vinay; la escultora, Marta Colvin; el cineasta, Tito Davinson; el pintor, Pacheco Altamirano; la escritora, Marta Brunet; el Comodoro de Aviación, Arturo Merino Benítez; el académico y rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández; el cantautor y folclorista, Víctor Jara; y el talentoso y extenso clan de los Parra, con sus dos hijos más ilustres Violeta y Nicanor.



Al tenor de los relatos, nuestros transferrados han transportado y dejado fragmentos y partes de nuestra cultura chilena, incrustados y adaptados en zonas tropicales, templadas, frías y precordilleranas del mundo, generando interesantes simbiosis en las cual han sido capaces de fundir dos culturas distintas para dar origen a una recreación de ambas.

CAPITULO III

Sentires con matices

Nostalgias que agreden

Atrapando los afectos

Los otros sentimientos

Sentires con matices

En la historia migratoria, las ideas internacionalistas también están latentes entre estos connacionales trotamundos. Para Miguel Duarte, quien llegó a la Isla de Tasmania en octubre de 1987 por razones políticas y con su familia a cuestas, su identificación es más profunda con el “ser latinoamericano” por diversas razones que se hacen más potentes en el exterior. Piensa que más allá de ser chileno “somos latinoamericanos, hemos enfrentado una serie de vicisitudes por siglos, desde antes de la venida de los españoles y nuestros destinos e historias son comunes y similares. Es posible ser latinoamericano y mantener nuestra idiosincrasia, no importa donde estemos, si somos exitosos en transmitir este pensamiento a las generaciones que nos sucederán”.

El factor ideológico en Francisco Javier Lillo, parece más importante que adscribir su identidad al país ya que deja muy en claro que “debido a mi pensamiento político, que no sólo cubre Chile,



soy por esencia internacionalista”. Lillo llegó a Australia, en 1985, luego de estar detenido y torturado en un campo de concentración del sur. Se instaló en la ciudad de Sydney con su mujer y sus hijos menores de edad.

“Me identifico, principalmente, con mi país”, dice Pablo Garrido, pero a la vez se lamenta que

“a veces me siento como abandonado por mi patria, por la sociedad en donde parece no haber un sitio para mí”. Perseguido por la dictadura militar llegó a Holanda, en 1974, en donde rehizo su vida, se casó con holandesa y tuvo nuevos hijos. El recuerdo del país que dejó lo describe en dos palabras: “oscuridad y desesperanza”.

“En los sentimientos influye mucho la vida que tu hiciste en tu país, antes de emigrar”, añade Juan Rojas radicado en Alemania. Yo provengo de una vida de campo, agrega, de vivir junto a la naturaleza, los animales, las gallinas, los pollos, el barro de los inviernos, el zaguán, ese estilo de vida sencillo de salir a comprar montado en un caballo y recorrer los caminos polvorientos. “Todo eso, a mí me ha servido para decir que he salido del polvo hacia arriba y he llegado lejos”.

Las diversas identificaciones expresadas por los que residen afuera tienen sus causas y orígenes, cuestión que no ocurre con otras comunidades latinas que están insertas en los mismos países de residencia de estos chilenos. A través de los relatos, testimonios y cartas se observa en este sentido una clara disparidad de criterios. Los sentires de ellos tienen mucho que ver con los motivos de sus salidas. Los que lo hicieron voluntariamente, los que emigraron por razones económicas o familiares, los que fueron expulsados, obligados y tuvieron que soportar un exilio dramático, y los que salieron para desarrollarse cultural e intelectualmente. Esta desigual ruptura de sus proyectos de vida les hace ver el país desde distintas ópticas, porque los duelos son diversos, y diversa es la identidad resquebrajada y las voces culturales que los enriquecieron afuera.

A pesar de esto, nuestros compatriotas no sólo llevaron en sus equipajes lo material, sino también “maletas mentalizadas” con todo lo más querido, sentido y necesario para enfrentar en tierras extrañas la soledad de la pertenencia o la falta de integración. No es un dato menor que en el extranjero tratan siempre de fortalecer sus espíritus con la música, el baile, la acentuación del lenguaje, la forma de hablar, las comidas, el canto y los hábitos. Estos son los elementos que tratan de mantener e introducir en las zonas de migración, generando sus propias formas culturales, como campanas llamando al

sincretismo. De tal modo, que ni la cultura propia, ni la ajena, se han mantenido incólumes en estas olas migratorias de nuestra población chilena, sino por el contrario han vivido una constante e inmanejable dinámica de mezcla cultural.

Nostalgias que agreden

En el encuentro realizado el 2001 sobre “Identidad e Historia: Reflexión Bicentenario”, José Bengoa, historiador y académico de la Universidad Autónoma Academia de Humanismo Cristiano, se preguntaba si las nostalgias de una sociedad unen o desunen. Y se hacía la siguiente reflexión: “la identidad siempre es una reelaboración nostálgica de lo que creímos que fuimos alguna vez. Cuando



hablo de nostalgia no estoy hablando de historia, estoy hablando de nostalgia como la historia afectiva, o sea, la historia que se cuenta en forma agradable, en forma amable con uno mismo. Es la historia de los tiempos en que éramos felices. “Si uno quisiera indagar en los temas profundos de la identidad chilena, tendríamos que indagar en el subconsciente colectivo de los distintos grupos sociales, y esto que tiene que ver con que las identidades profundas son extremadamente diversas. Cada grupo social ha ido elaborando, con nostalgia o mediante ésta, su época dorada: el tiempo en que las cosas estaban en su lugar, en que el orden natural se imponía”.

Más adelante agrega: “Son aquellos tiempos en que mitológicamente cada grupo cree que tuvo la felicidad en sus manos. Para muchos, en Chile es el tiempo de las haciendas: el tiempo de la felicidad, el tiempo de la paz social, el tiempo del catolicismo, de las grandes ceremonias patrióticas, cuando todos éramos felices, todos éramos chilenos y no había conflictos. La derecha conservadora tiene en este paraíso perdido su fuente de inspiración, de recuerdos, de cultura. En éste radica al mismo tiempo su programa y su proyecto. Reconstruir el paraíso de las haciendas es para muchos, hoy en Chile, un programa político positivo: volver a ser un país católico, donde exista mancomunidad entre ricos y pobres, donde el orden y respeto a las jerarquías e instituciones domine la convivencia nacional. Y por cierto, al igual que en el tiempo de las haciendas, quien se separe de ese esquema de valores compartidos sean castigados duramente. No por casualidad en todas las haciendas habían calabozos”.

Hoy, dice, surge una nostalgia del tiempo de la República: “también es otro mito, un mito que a algunos podrá agrandar más que el mito de la hacienda, pero que es una nostalgia mitológica. Es el tiempo en que la educación era gratuita para todos, cuando el todos era también un nosotros; quizá un nosotros más amplio que el de las haciendas, pero finalmente segmentado y con un amplio sector marginal, como se percibió a fines de la década de los sesenta. El tiempo en que, por cierto, se cree con creciente nostalgia, existía una democracia perfecta”... “es en torno a estas imágenes que se ha ido construyendo y se va construyendo la identidad, o las identidades de una sociedad y de un país como Chile. En una sociedad compleja como la chilena no hay una sola identidad, y menos en un momento histórico como el que vivimos, en que los sistemas de integración estatal comienzan a cuestionarse. Puede ser que en momentos de nuestra historia hayan dominado el modelo de la “pax hacendal” y el de la “pax republicana”. Fueron ideas dominantes que permitieron que existiera una suerte de integración social, nacional. Eran ideas acerca del país, que desplazaban y que permitían organizar el lenguaje de lo social. Hoy son retazos, parte de un discurso más amplio: el de la identidad nacional”.

“Por cierto que hay sectores del país que tienen otras historias y otras nostalgias. Una de ellas es la nostalgia de la “pax mapuche”, el tiempo en que los mapuches vivían en libertad, en independencia,

hasta fines del siglo XIX. Por cierto, en la nostalgia de esa “pax mapuche” está la cuna de una identidad, de la actual identidad del pueblo mapuche”. Bengoa afirma que “las nostalgias pueden producir unión en momentos de conflicto, dolor y solidaridad compartidos. Pero, también pueden dividir, al generar diferentes recuerdos y apreciaciones particulares en cada grupo o sector de la sociedad”. Y agrega: “creo que para buscar una identidad, o el cómo se construyen las identidades más profundas, habría que indagar en las nostalgias. Cuando le preguntan a alguien qué es lo que más recuerda de niño, es muy común escuchar: las sopaipillas, el olor a las sopaipillas. Todo el mundo habla de los olores que constituyeron la propia identidad, de la relación con el entorno, del hecho de haber nacido en una casa y no en otra, de haber vivido esos inviernos y lluvias”... “Sin embargo, ese tipo de sensaciones compartidas son las que unen míticamente a las personas, los lazos primordiales de una sociedad”. A juicio del académico, “la identidad, las identidades, siempre se construyen en función de la inseguridad permanente sobre nuestra alteridad,



sobre lo que somos, sobre cómo nos ven; en esta permanente disputa por la nostalgia, por la historia, en ese sentido y en el cruce secreto de asuntos de los cuales no queremos hablar: de los olvidos, de la amnesia, de los secretos de familia, que finalmente constituyen buena parte de las cosas que la amarran”.

Y concluye: “creo que las identidades se unen mucho más en las experiencias que en los proyectos. Por cierto, cuando éstos últimos se fundan en las experiencias colectivas, adquieren fuerza identitaria. Aunque normalmente muchos creen que las identidades se hacen a través de proyectos, a través de un proceso de construcción que provoca lo que somos, la identidad colectiva. Pero, éstas no

tienen su base en los proyectos futuros sino en los que han ocurrido”. En resumen, Bengoa plantea que “la nostalgia provoca una necesidad de historia”.

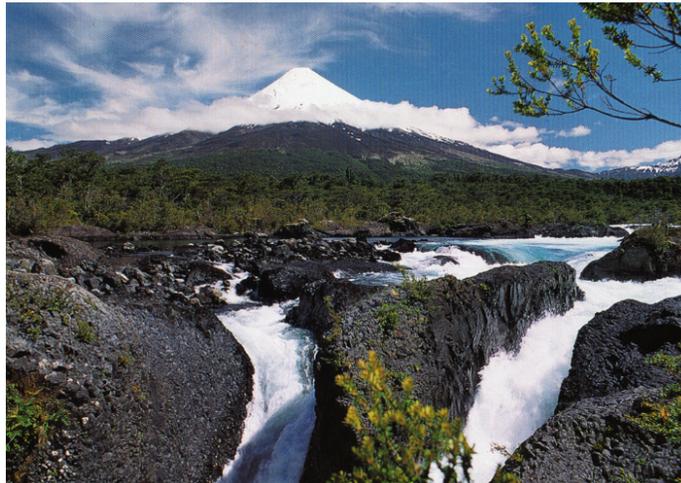
Son estas nostalgias las que cubren gran parte de las vidas de estos compatriotas, hechas o rehechas, en territorios con distintas culturas, idiosincrasias y comportamientos hogareños, en las cuales muchas veces la familia es menos importante que el individuo propiamente tal. Los sufrimientos por la ausencia de los seres queridos y cosas abandonadas, junto a las complejas adaptaciones en que sobreviven, lleva a muchos a idealizar a su país de origen y, también, a otros a rechazarlo. Es la cotidiana existencia que soportan, con sufrimientos ocultos, rabias contenidas y contradicciones que son similares en todos y en los distintos lugares del mundo donde habitan.

“Es un tema relativo”, dice Juan Rojas. “La nostalgia es algo individual y en mi caso son las heridas que me quedaron en el corazón”. “Hoy, con el tiempo he podido valorar lo lindo de mi niñez en el campo, sobre todo con mi familia. Y uno se pone triste cuando piensa que le gustaría estar un fin de semana con ellos, estar en el cumpleaños de mi hermana, en una fiesta de Navidad con la familia, y no se puede, y esa es la realidad”.

Francisco Javier Lillo, desde Sydney, relata sus pesares, pero a la vez sus contradicciones. “La verdad es que el sentimiento de familia, patria, amigos y colegas con el tiempo se va perdiendo. Es como algo muy lejano que tiene cierta atracción espiritual, en lapsos de tiempo que se van acrecentando. En todas las familias hubo profundas divisiones que borraron los lazos por muchos años, aún después de una década sin retornar a Chile el primer encuentro fue muy difícil. Recuerdo que el año 1989 regrese a mi país para visitar a mi madre enferma. Cuando llegué, bajando el avión cerca de la cordillera, sentí una inmensa rabia, muchos lloraban de alegría y lloré de desaliento y de frustración. Me sentí una vez más traicionado por los miles de chilenos que apoyaron un sistema de muerte, dolor, tortura, hambre y desamor. Esa noche comprendí que no sería nunca más chileno y que el destino me deparaba el ser libre de ataduras de la madre tierra, que podría vivir, gozar sólo de mi familia, mi esposa, mis hijos y los que vinieran después. Lo

siento, simplemente, no tengo apego a Chile, lo perdí, no anhelo volver, no pido nada de Chile, sin embargo le ofrezco todo lo que soy, pero esta vez sin pasión”.

A pesar de todo, dice, nos hemos adaptado a esta hermosa tierra australiana. Quizás podríamos decir que nos adaptamos a la cultura laboral, sufriendo por supuesto una terrible discriminación y racismo. “Aprendimos a desempeñarnos en sistemas de trabajo diferentes y con idioma distinto. Ahora, nuestros hijos viven intensamente la sociedad australiana. En resumen, uno se adapta donde hay libertad, trabajo, buena medicina, transportes, acceso a tecnologías, entretenimiento y cultura que están al alcance de cualquier persona”.



Enfáticamente agrega: “no me inquieta saber de dónde vengo. Perdí mi identidad con Chile. Me preocupa todo lo que pasa en mi país, pero no me produce inquietud olvidar de dónde vengo, porque de mi también se olvidaron”. Al recordar todas las adversidades que pasó en tiempos de la dictadura, en la Octava Región de donde es oriundo, reflexiona y dice “esta adversidad nos preparó para mirar los acontecimientos fríamente, para desarrollar nuestra capacidad de conocimiento del ser humano y formarnos una coraza de protección. Hoy, conversamos en familia acerca de la perfección y concluimos que antes de lograrla tenemos que pasar inevitablemente por la adversidad”.

Otras son las inquietudes que se reflejan en el testimonio de Miguel Duarte, radicado en la lejana Isla de Tasmania. El ajuste cultural, dice, es algo en que debemos trabajar a diario a pesar de los años viviendo lejos de la patria. “Es como si tuviéramos acuñados en nuestros cerebros un disco duro, y hasta en nuestros poros, esa identidad que no nos deja en ningún momento y a cada minuto se nos viene a la mente, repitiéndonos en nuestro fuero interno, “esto no es así en Chile”. Caminar por las veredas usando un trayecto determinado, respetar el espacio de las personas, evitar el contacto físico a menos que seas una persona de confianza, el concepto de familia, en fin cuesta y nos sigue costando adaptarnos a esta otra cultura”.

“En mí permanece latente y vivo el sentir de estar lejos de la patria. Esta parte tan vital parece permanecer impermeable al paso del tiempo y es fuente de una misteriosa energía. El no haber estado ahí junto a los seres queridos, los amigos, las calles y sus olores hace que permanezcan en nuestros recuerdos como les dejamos y sin haber sido tocados por el devenir”.

Las nostalgias provocan en Pablo Garrido “impotencia y rabia” por estar exiliado. La adaptación resulta más fácil, dice, cuando una persona emigra en busca de mejores condiciones de vida porque tiene el incentivo de que puede regresar en cualquier momento. “Al salir exiliado es como una planta delicada que se la trasplanta y puede morir por inadaptación. En los momentos en que dura este proceso se vive una especie de síndrome donde todo se encuentra mal, permanentemente la persona está haciendo comparaciones con sus propias raíces. Y esto se transforma en un círculo del cual es difícil de salir y, entonces, la adaptación no se consigue nunca. En mi larga vida fuera de mis fronteras he conocido pocos casos de compatriotas bien adaptados a diferentes culturas. Pero, yo diría que, se sienten más bien acomodados que adaptados”.

Los relatos desparrraman por doquier sentires y recuerdos. Hace casi 30 años que Germán Manterola, por entonces de 28 años, llegó a vivir a Ecuador. Reconoce que al principio extrañaba, tremendamente, a su familia pero ahora Chile está muy metido en su diario vivir a través de los vinos de

marcas chilenas en los supermercados, la televisión por cable y el Internet. Sin embargo, hay un dejo de nostalgia que se adivina y que se mantiene en el acento chileno inalterable que lo acompaña. Todavía me emociona, dice, ver a un paisano es como si regresaras a la profundidad de tu tierra.

Con motivo del funeral de su abuelo, Carlos Contreras Padilla, avecindado en Londres hace cuatro años, regresó nuevamente a Chile. Y cuenta “mi vida lejos de mi país ha estado llena de sentimientos encontrados en cuanto a quedarme o volver. Pero es sólo eso, sentimientos, cuando habla el corazón y no la mente”. Al volver, dice, sentí mil y un sentimientos. “Mi barrio, mi gente, mi vida entera estaba, repentinamente, ante mis ojos. Al vivir afuera y volver te encuentras con tu verdadero mundo. Al ver mi barrio en Independencia, me di cuenta dónde realmente vivía, es como ver tu mundo con otros ojos. No se cómo explicarlo, pero extraño mi vida de barrio a pesar de todo lo que tengo en Londres”.

Hace 21 años que Claudia Acevedo vive en California, Estados Unidos, y confiesa que la vida en el extranjero no es fácil. “Hay que tener muchas fuerzas para luchar y nunca olvidarse de sus raíces. Hay que controlar los llantos, las penas y las nostalgias. Lo más que se extraña afuera son las familias, los amigos y la vida hogareña que se vive en el país de origen. Es muy fuerte no poder viajar cuando uno de tus seres queridos se muere. Todavía me angustia y me duele no haber podido ir a Chile cuando murió mi abuela que nos había criado a mi y mis hermanos”.

Lionel Party es uno de los clavecinistas más destacados de la Orquesta Filarmónica de Nueva York, Estados Unidos. Este chileno, que emigró hace 30 años en busca de mejores espacios para su desarrollo personal, añora y siente las mismas nostalgias que todos cuando dice: “extraño la gente, mi familia, el paisaje, la luz, el olor de las cosas, el cerro Santa Lucía, las humitas, las tortas de merengue con crema de lúcumas, las corvinas, los erizos y el volcán Llaima...”

En busca de un doctorado partió hace cuatro años, Patricio Daniel Carrasco, desde Curacautín

en la Región de la Araucanía a los Estados Unidos. Reconoce: “es curioso lo que me pasa, pero me corren las lágrimas cada vez que veo la bandera chilena y escucho canciones de mi país”. ¿Por qué somos tan amantes de nuestra tierra?, se pregunta y la respuesta no la encuentra. Lo que sí sé, dice, es que esa tierra que me vio nacer en el Sur del Mundo me entregó todo lo que soy hoy día.

El marcado acento caribeño delata a Sergio Arancibia quien por más de 25 años ha residido en Venezuela. Como muchos añora su Santiago querido, pero sus sentimientos después de tanto tiempo afuera se comparten por igual entre el país que lo acogió y su tierra natal. Es triste, afirma, cuando se vive desarraigado por muchos años. Yo llevo 25 años en el exterior, indudablemente eché raíces, tengo hijos y nietos extranjeros, pero también tengo parte de mi historia en este país por lo que no me gustaría volver. Creo que más allá de historias personales los chilenos que están afuera quieren volver o por lo menos desean vincularse más activamente al país”.

Atrapando los afectos

Una preocupación constante, entre los que han emigrado por diversas causas a sociedades muy distintas a la chilena, es la familia y los hijos. El proceso de instalación e integración, así como el diario vivir, trabajar, educar a los hijos y relacionarse con el medio ha sido un desafío con muchos bemoles para los padres. Los niños, sin duda, son los que han experimentado y absorbidos los mayores temores, prejuicios, discriminaciones y odios en escuelas, calles y barrios. En los países escandinavos por ser morenos y en otros por ser extranjeros. De allí que los afectos que han recreado al interior de los hogares, y los agrupamientos en organizaciones chilenas residentes, han servido para morigerar y neutralizar los ambientes exteriores segregacionistas.

Pero, también, en el reverso de la medalla, los niños que llegaron muy chiquitos, o que nacieron en el país de residencia, han absorbido los valores de la sociedad local que, generalmente, son distintos a los valores que les inculcaron a sus padres en el país de origen. Estos observan la facilidad

con que sus hijos se integraron y adaptaron, y más que eso, cómo las costumbres y los hábitos los pernearon, fuera del hogar, sin la participación de sus progenitores lo que ha provocado rompimientos familiares entre la primera y segunda generación.

En algunos países europeos, es natural que un adolescente se aleje de la casa paterna a los 14 o 15 años. Pero, en la arraigada costumbre chilena el hijo debería dejar el hogar cuando forma su propia familia. Esta situación produjo dolores y penas en numerosas familias chilenas emigradas, como también, el hecho que sus hijos optan por casarse con mujeres de otras nacionalidades. En la práctica, el temor profundo de los padres es que su ansiado regreso a Chile, se comienza a hacer imposible.

El principal valor de la sociedad chilena, reconoce Guillermo San Martín, radicado en Canberra, Australia, “es vivir cerca de tu familia, comunicarte con tu familia, el que tus hijos se críen cerca de sus abuelos. A veces pienso que esta sociedad australiana, si tuviera un lado más humano, sería perfecta”.

Francisco Javier Lillo, quien pasó por la experiencia de tener un hogar multiétnico reconoce que “es un trauma ver en la familia esta mezcla de razas”, pero dice “lentamente y con comprensión nos hemos adaptado y conciliado con nuestras costumbres”. Cuenta que tiene una hija casada con un pakistaní; un hijo casado con una china; un nieto casado con australiana de padres suizos y daneses. En realidad, al principio nos afectó mucho, pero por el amor a la familia lo tomamos como un desafío que vencemos con amor y comprensión.

Pablo Garrido comenta que “no le ha afectado tanto”, más bien dice “es un fenómeno interesante al que hay que entender porque sirve para aprender más de la sociedad en que vivimos y de la que los hijos son parte, con raíces incluidas”.

Para Miguel Duarte las “afectaciones” mayores provienen del aspecto cultural. Donde an-

tes, dice, no hubiésemos transado hemos aprendido a ser tolerantes en algunas situaciones puntuales. Cita por ejemplo, que es muy común autorizar que la “polola” del hijo se quede a dormir con él en la casa de sus padres.

Cuando los hijos forman sus propias familias afuera, los padres saben de antemano que nunca regresarán a su tierra de origen, porque de nuevo se verían enfrentados al mismo proceso que los llevó lejos de su patria, dejando familias, afectos y cariños. Este es un doble dolor adicional que sufren y quizás sea el motivo del por qué prefieren aferrarse a los recuerdos del pasado y pensar en un presente y futuro lejos del suelo que dejaron.

Múltiples relatos confirman este supuesto y muestran las frustraciones que provoca en las familias, sobre todo en los adultos mayores, moverse en una sociedad local extraña y dentro del hogar convivir con costumbres y hábitos muy diferentes entre sus parientes políticos. “Sin darnos cuenta, nuestros hijos en poco tiempo fueron echando raíces en este país. Los hijos adolescentes se casaron. Nació mi nieta vikinga, me dijo un día una amiga. ¡Y ella que soñaba con volver a vivir en Chile! Tengo un nieto árabe, me contó un día otra amiga a la que hace tiempo no veía. Esas son las raíces que van penetrando poco a poco en este frío suelo de Suecia”, relata Angélica Riquelme desde Gotemburgo.

“Nos hemos tenido que integrar a la sociedad australiana debido a que tenemos tres hijas y un hijo”, dice Lucy González quien vive en Geelong, Australia, desde 1971. “La mayor casada con chileno; la segunda con australiano; la tercera con un griego-alemán, nacido en Australia, y mi hijo es casado con australiana. Mis hijos y nietos están muy a gusto en la sociedad y la vida australiana, pero a mi marido y a mí nunca nada nos satisface y siempre pensamos en volver a nuestro querido Chile”.

Rubén Bobadilla desde Suecia expresa sus angustias: “para la segunda generación la problemática de la pertenencia es más sencilla. Los nacidos aquí continúan el inevitable proceso de seguir siendo suecos. Nosotros nos quedamos ahí en el medio, inmobilizados traumatizados y descontentos. Ya no es

sólo la patria y su idioma la que nos atrae y llama. Es también nuestra propia sangre y amores expresados en hijos que nos obligan sólo a recitar el retorno. ¿Qué hacer con nuestros hijos e hijas, nuestras nietas y nietos, que nunca jamás nos acompañarán en este viaje de retorno a nuestras más íntimas raíces?”.

Los esposos Basilio y Olga Ormeño, cuentan desde Canberra, sus ansías de volver pero sus vidas están amarradas a Australia: “la primera generación de inmigrantes no está ni aquí ni allá. Hoy no podemos volver. Nuestros hijos y nietos están establecidos aquí, ellos no quieren salir del país donde se han criado, sus costumbres son mezcla de chileno y australiano y su idioma es más inglés que español. Nos gustaría volver a nuestro querido Valparaíso, pero debemos ser realistas. No podemos regresar por nuestros hijos y nietos”.

“Mis hijos están todos casados”, cuenta Gloria Salas residente en Gotemburgo. Los varones con jovencitas chilenas y las mujeres con jóvenes de distintas nacionalidades: un sueco, un caboverdiano y un español canario”. Aquí, dice, vivo junto a mi esposo y mi familia. Mi cuerpo quedará en esta tierra extranjera donde está mi familia y aquí cerraré mis ojos para siempre”.



Víctor Soto residente en Sydney desde 1988 relata: “en mi familia todos son de origen chileno, pero la esposa de un sobrino es de origen croata y la polola de mi hijo es griega. Mi familia en general se ha integrado a esta sociedad multiétnica que permite que las culturas se mezclen y nos aceptamos los unos a los otros. Esta es una cualidad que este país nos brinda”.

Un hijo de madre y padre chileno, nacido en Estocolmo, Rodrigo Báez Navia, reconoce su mestizaje: “corre por mis venas un poco de vieja sangre europea ya que tengo una abuela suiza, nací con el pelo rubio y ojos azules. Los latinos de mi escuela mostraron su racismo y no me aceptaron. Mi madre lo llamó racismo al revés... Muchos que quieren volver, como mamá, nunca lo podrán hacer del todo porque, ahora, se condenan a dejar atrás los hijos y los nietos, eso es como dejarlo todo otra vez: lo más importante que se ha poseído en la vida, el amor familiar”.

Distinta es la visión de Michel Flores, quien de habitante de la comuna de San Bernardo en el 2001, se transformó en inmigrante en Brasil. Fue una aventura muy excitante, pero también angustiante, dice. “Vivir en el extranjero es complicado y se necesita mucho valor y disciplina. La falta de la familia o de los amigos que puedan tenderte la mano en alguna ocasión complicada te provocan profundas nostalgias”.

En todos estos testimonios, la familia, siempre, tiene una parte importante y profunda en las vidas de estos chilenos trotamundos. Humberto Vargas Montenegro salió desde Los Andes rumbo a Sollentuna, Suecia, y explica que “el exilio influyó poderosamente en el desarrollo y formación de mi familia, pero nos hemos mantenido unidos. Han transcurrido 28 años y mis hijos se han casado. La mayor con un italiano y ahora viven en Roma; Leonardo caso con chilena y regresaron a Santiago; Luis Humberto desposó a una joven árabe; Rafael Felipe vive con una rumana, y otros dos se casaron con chilenas. En la familia de mis hijos, nietos, yernos y nueras, se habla rumano, árabe, sueco, castellano e inglés”.

Los otros sentimientos

Quien nunca ha pensado en regresar a Chile, después de 32 años de permanecer fuera, es el escritor Hernán Valdés, porque para mí, dice, “el Chile de hoy es tan extraño como Singapur”. A pesar de su ausencia, en marzo del 2006, ganó el Premio Altazor por su novela “Fantasmas literarios”. Varios de sus libros, entre ellos “Tejas Verdes”, han recibido elogios y premios de la crítica nacional. Sus lectores lo conocen por sus obras pero no físicamente, es un fantasma que se presenta cada cierto tiempo en la escena chilena con un libro. Reconoce: “durante casi 30 años no mantuve relación con el país. Me hice otro, he vivido en otro mundo. Y jamás se me ocurrió volver”. Por lo demás, “si los lectores conocen mis libros sabrán que nunca que nunca me sentí cómodo en Chile, que siempre tuve dudas sobre los fundamentos de nuestra identidad”. Y agrega: “por lo demás, volver a Chile significaría aceptar, como si nada, las injurias sufridas por los militares, toda una modificación de mi vida a causa de ellos, en suma, reconocer su legitimidad, pues nadie se ha excusado ante mí de ellas, ni me han indemnizado por ellas”. Desde hace unos años vive en Kassel, Alemania, en un entorno que describe: “vivo al borde de infinitos bosques, aquí está mi familia, hago mi propio pan y cultivo mis propias hortalizas, entre una frase y otra paro algún nuevo libro. Aquí uno encuentra la libertad de no ser de parte alguna”.

También, Nahlena Fernández, una santiaguina radicada en Solna, Suecia, se queja: “me sentiría extraña en mi propia tierra, porque crecí en alguna forma al empezar aquí una vida nueva, lejos de ella. Y mis hijos y mis nietos nacidos aquí son un factor decisivo para reconocer que mi hogar, hoy, es éste y no otro”.

A Víctor Hugo Candia Olivares, el consuelo le llegó con los años: “La más noble de todas las luchas es vivir, así de simple, vivir sin más”. Y recuerda su desembarco en esas tierras nórdicas: “con todo un baúl de ilusiones anclé mi barco en Suecia. Se hacía necesario un descanso para echar raíces. Yo creo en la vida que construyo a diario, como el amor que se hace a diario. Mañana es otro día. También les digo a los que quiero, mi familia, mis amigos, que los quiero hoy, mañana y siempre”.

CAPITULO IV

Imaginarios afuera y adentro

Rescatando comunidades

Imaginarios afuera y adentro

Hay dos fenómenos que se advierten intensamente entre los chilenos residentes en el exterior. Uno es, que al integrarse a las sociedades donde arribaron y recoger rasgos culturales y vivencias diversas, la forma de ser e identificarse es distinta en los que viven en Australia o Suecia; Canadá o Estados Unidos; Argentina o México, aunque el ser chileno los identifica a todos. Sus incontables testimonios de vida dan cuenta, además, de una dinámica inserta en una historia global que los arrastró y, en la cual, las olas de los conflictos, la transculturación y los grandes procesos de la historia contemporánea los permeó y produjo cambios en sus maneras de ser.

“No es lo mismo, dicen, vivir en países de larga historia inmigrante, que en los que no han tenido esa trayectoria”. En los primeros, las sociedades locales son más inclusivas, acogedoras y no discriminan. En los segundos, se les hace notar su condición de extranjeros ya sea por el color, idioma, o por su religión.

La otra constatación es la certeza que tienen de ser “ciudadanos del mundo”, que han adquirido en sus lugares de residencia nuevas capacidades creativas, y enriquecido su vida personal con nuevos valores humanos, diversidad, inclusión social, no discriminación y solidaridad.

Aunque en lo cultural, el mayor drama es que lo propio se les volvió ajeno y lo ajeno propio. Esta es quizás una de las mayores tristezas que arrastran los que se fueron para no volver. Vivir amarrados a una especie de memoria quebrada en dos, que es difícil juntar, porque son de tiempos, proyectos y sociedades que es imposible unir por la dicotomía que separa el tiempo de partida y el de la permanencia afuera.

Para Marcel Young, cientista político y ex Director para la Comunidad de Chilenos en el Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien residió durante 14 años en Francia, “a pesar de

que la decisión de abandonar la patria contiene una tremenda carga emocional en la vida de la persona que se ausenta, el acto de partir encierra un contenido complejo. Por un lado, responde a una atracción misteriosa que cumple con la fantasía de ir en busca de lo ausente, lo nuevo, lo espectacular, la tierra prometida, pero a su vez contiene algo de dramático, especialmente en los casos en que se ha debido salir por razones de derechos humanos o por no haber encontrado un espacio digno en su país, con las consiguientes frustraciones que tocan las fibras más vitales de la existencia”.

Young recuerda que “siempre en la historia de los chilenos que han permanecido afuera, se buscan intensamente los afectos perdidos”. Se da la paradoja, decía, que “al poco tiempo de abandonar el territorio, y luego de un tiempo transcurrido, cuando ya no ve sólo lo bello que viene desde lejos, surge la imperiosa necesidad de aferrarse a elementos positivos del pasado. Se subliman los problemas y pasan a añorarse los momentos felices del ayer, dejando solamente en el presente el pesado fardo de las dificultades”.

Así ha ocurrido, dice, desde el siglo XIX, desde el nacimiento de nuestra República, donde se expresa con fuerza la relación contradictoria del habitante de Chile con los otros mundos, esbozando una singular y débil identidad nacional que se confronta y se afirma frente a otras identidades. Marcel Young, recuerda que “al igual que en las antiguas civilizaciones, el Estado castiga al caído con el destierro, con la expulsión del territorio y la negación de gozar del derecho de vivir en su tierra. Esta relación trágica con el terruño y su gente afectó a muchas nuestras autoridades nacionales en las primeras cuatro décadas de la República”.

La desafección del Estado hacia los ciudadanos durante el último medio siglo, advierte, ha planteado “el ingreso al siglo XXI con un evidente desencanto”. “Estamos en presencia de un cuestionamiento generalizado al modelo político-social y sus paradigmas, la política ha perdido contacto con las ideologías, la debilidad del pensamiento abre paso a otras energías, se buscan fórmulas para recomponer los nexos entre las personas, y lo emotivo pasa a tener un papel central en la relación entre la gente”.

Esta vuelta a las emociones y a la valorización del cariño, agrega, está abriendo nuevas claves y replanteamientos de lo qué somos a partir de lo más vital de nosotros mismos. Y reconoce: “En este sentido, la presencia de miles de chilenos en todos los continentes, además de resultar una ventaja económica y científica, nos ayuda a mantener presente la imagen-país en el mundo. Es, sobre todo, una verdadera oportunidad para reconstruir a partir de los lazos afectivos, nuevos lazos interculturales, incorporando valores, fomentando sentimientos duraderos con los distintos pueblos, muchos de los cuales son hoy protagonistas del futuro”.

Retornado hace dos años al país, el sociólogo Juan Matas, plantea algunas interrogantes sobre la identidad bicultural de quienes han permanecido por años alejados de las fronteras de la patria. Las normas de conducta, dice, y las pautas valóricas de un individuo están forjadas por una combina-



ción de dos estándares diferentes, de la misma manera que la sensibilidad y la visión del mundo se observa a través de la experiencia singular de cada persona. Las reacciones ante una situación dada, afirma, son diferentes de las que habríamos tenido antes o de las que tienen aquellos con quienes compartimos vivencias en el pasado como nuestros familiares o amigos que permanecieron en Chile.

A juicio del escritor e historiador, Luis Mizón, quien vive en Francia como inmigrante, “pensar a Chile desde afuera es un ejercicio complejo”. Vivir en el extranjero, puntualiza, “no sólo supone la expe-

riencia del viaje, el alejamiento de la tierra y de la adaptación a lo nuevo, sino también la experiencia de mantener lazos y vínculos inmateriales con la tierra de origen, lazos que sean suficientemente fuertes para subsistir en las condiciones difíciles de la ausencia”. Los lazos de memoria, reflexión e imaginación, señala, en la nueva piel del exiliado conservan la sensibilidad antigua y casi podría decir que la protege.

Mizón confirma lo de la “postal del recuerdo” que llevaron consigo los emigrantes, al aceptar que “los elementos básicos de nuestra identidad son los que constituyen nuestra diferencia y nuestra unidad primaria, porque nos llevamos afuera sólo lo que éramos antes del exilio”. En relación a quienes abandonaron Chile por motivos políticos reconoce que “el exiliado vive una historia ininterrumpida y por tanto en estado de permanente espera, lo que hace pensar a muchos en que eso los ha rejuvenecido. El exiliado tiene la experiencia del tiempo detenido. Los elementos inmateriales del vínculo nacional, la memoria común y la voluntad de vivir juntos se depuran y fortalecen. El exiliado medita la tierra, los hombres, la historia. Teje y desteje el futuro de su imaginación. La memoria y la imaginación del exiliado, y en algunos casos como el mío, es también su profesión. En el extranjero aparece en relieve nuestra diferencia, nuestra manera de ser, de caminar o de reírnos, de comer, de amar o imaginar. A la pregunta ¿quiénes somos? son los otros los que responden. Nosotros somos el otro de ellos y ellos nuestro otro”.

Las reflexiones de Mizón se dirigen, precisamente, a ese elemento en común que tienen todos los compatriotas radicados en el exterior: el amor al país como algo natural. “El país lejano, la tierra de origen y su gente, nos acompaña siempre cuando estamos ausentes. La patria, en cambio, es lo que perdimos y aquello que no todos han podido reconstruir, incluso regresando periódicamente al país” puntualiza.

Interesantes son las constataciones realizadas por la antropóloga Loreto Rebolledo, quien durante los últimos años ha entrevistado a muchos chilenos que han retornado al país. Ellas confirman, lo dicho anteriormente, que aquellos residentes externos sienten que “no son de aquí ni son de allá” y

que “lo propio se les volvió ajeno y lo ajeno, propio”. Sin embargo, una vez instalados en Chile “el que ha vuelto es de allá y de acá a la vez”. La ambigüedad identitaria los comienza a enredar en un circuito de dos amores, sin poder elegir a ninguno, porque los dos son parte de uno mismo. Entonces, empiezan a añorar la comida del país que los acogió y que por fin dejaron, su folclore, su vestimenta, las calles en donde vivieron, por donde transitaron y los amigos extranjeros.

Para Loreto Rebolledo, profesional que ha dirigido sus investigaciones al tema de los transterrados y su retorno. “Los que se fueron ya no son los mismos, el país ha cambiado y quienes se quedaron



también. A los procesos políticos, se sumaron cambios económicos que a su vez tuvieron efectos sociales y culturales importantes, especialmente visibles para quienes se habían quedado con una imagen congelada de Chile. El país recordado a la distancia no es el país que se encuentra al regreso” señala.

Este es uno de los motivos del por qué los que retornan se encuentran desorientados, con miedo y temor a la nueva reintegración. Rebolledo acota: “frente a los primeros desencuentros se vuelve a reinstalar la pregunta por la identidad. Después de todo el periplo recorrido, ¿quién soy?,

¿quiénes son los chilenos que se quedaron acá? y ¿qué tengo en común con ellos? Y las respuestas tienden a ser contestadas en primera persona. La comunidad de chilenos exiliados ya no existe en el regreso, tampoco se vive del mismo modo la alteridad. Ahora, los otros son los chilenos que se quedaron. El que retorna se siente distinto y los otros, los que nunca se fueron, le hacen sentir su diferencia, ya sea a través del asombro o el rechazo a su apariencia externa, a su modo de hablar y de comportarse”.

A partir de esto, dice, comienzan las comparaciones con la tierra que los acogió y que, ahora, dejaron. “El que retorna, luego de estas experiencias comienza ver a Chile como un país pequeño y encerrado en sí mismo, una sociedad provinciana, tradicional y estancada, en donde el arribismo se mezcla con el culto a las apariencias y todo ello, se resume en una exasperante tendencia a uniformarse para no ser excluido, hay que evitar ser o parecer diferente”.

Rebolledo, agrega: “la sensación de haber vuelto al fin del mundo se confirma en la vivencia de la insularidad y el enclaustramiento del país. La añorada cordillera, ahora, es percibida como el muro que separa y nos aísla del resto del mundo, y sus altas montañas como la pared que devuelve el eco de nuestras propias voces ensimismadas”.

“Los exiliados que retornan han cruzado fronteras, han roto límites de pensamiento y de experiencia. Este proceso se hace evidente, de manera dolorosa, en el regreso, al ver que el país ha cambiado en apariencia, pero que conserva petrificada una serie de hábitos y comportamientos que nos guste o no, nos identifican y son parte de nuestros modos de ser. El temor al desorden y al caos nos hace ser auto censuradores y partidarios del orden hasta la monotonía, rechazando cualquier tipo de conducta que se salga de las normas culturalmente instaladas”. Los ejemplos y experiencias obtenidas en su investigación son muy variadas. Un profesional retornado de Suecia le relató: “si uno está separado y no te conocen una mujer oficial, entonces dicen que eres maricón”. Otra retornada de Francia se queja: “mi marido afuera hacía de todo, cocinaba, hacía camas, cuidaba a los niños, y cuando regresamos dejó de hacerlo, no sé si por influencia del medio y de los amigos que no hacen nada en sus casas o porque hay una nana”.

Rebolledo reconoce, sin embargo, que “al lado de estos defectos que se magnifican con la mirada distante, y en algún punto dolida del que vuelve, también está la gente querida, el país de la infancia, los afectos, los lugares recorridos, la historia vivida, y los comportamientos altamente valorados como la solidaridad y la amistad. Esta es la primera señal de una ambigüedad identitaria”. Y acota: “Una parte del que ha regresado se siente chilena, y la otra toma distancia de aquellos aspectos del modo de ser chileno que hoy le chocan y le resultan desagradables”.

Rescatando comunidades

Por todo lo anterior, la importancia de las comunidades nacionales instaladas en el exterior es un tema que, actualmente, está siendo planteado en foros y en organismos internacionales y latinoamericanos tanto por su magnitud como por la riqueza que esta población puede aportar a sus países de origen. Los inmigrantes se han convertido en una fuente importante de ingresos, llegando en algunos casos a contribuir tanto o más que las exportaciones mismas de sus naciones. Hay países centroame-



ricanos como El Salvador, cuyo primer ingreso nacional proviene de su colectividad residente en Estados Unidos, calculado en un 16 por ciento del Producto Interno Bruto.

En México, las remesas anuales de sus connacionales en los Estados del sur de Norteamérica sobrepasaron, en el 2005, los 20.000 millones de dólares, transformándose en el segundo ingreso estatal, después del petróleo. Los inmigrantes son también una fuente permanente de conflicto entre México y Estados Unidos. Y lo serán aún más con la decisión del Senado norteamericano del pasado 17 de mayo de construir un muro de casi 600 kilómetros en la frontera común para reforzar la seguridad y evitar el frecuente éxodo de indocumentados.

Dicho muro pareciera que servirá, también, de contención a las cuantiosas remesas. El jueves 11 de mayo del 2006 el diario “La Jornada” de Ciudad de México informaba que “el envío de dinero por el festejo del Día de las Madres alcanzó a 1.000 millones de dólares, siendo el más elevado en transferencias hacia México y superando con creces a los que se destinan en fines de año. El Día de las Madres y días cercanos a éste han sido por siempre los de mayor afluencia en Bancos y Centros de Envíos los que reportan un 30 por ciento más de usuarios que un día normal”.

En el caso chileno, los envíos en dinero desde afuera son modestos y relativamente bajos. En el 2004, se registró un ingreso anual de remesas de aproximadamente 400 millones de dólares, según datos del Banco Central. Sin embargo, es otro el plus que tiene nuestro país en relación a otras naciones latinoamericanas. El recurso humano calificado, profesionales, académicos, investigadores y científicos que se han formado fuera de nuestro país constituye un bien muypreciado y en el cual el Estado no ha invertido ni un peso. En esta permanencia en países desarrollados, nuestros connacionales han recibido educación, capacitación y se han insertado en sociedades altamente cualificadas e industrializadas, constituyéndose en un patrimonio innegable. La cantidad de cerebros que existen en el extranjero es un hecho real que debe hacer reflexionar a las autoridades para escuchar, motivar e incentivar a este valioso contingente para que entregue un aporte al desarrollo futuro del país. En gran parte, los expertos más capacitados están intere-

sados en poder relacionarse con entidades nacionales y aportar a nuestro desarrollo desde sus diversos ámbitos, y muchos ya lo están haciendo a través de una red permanente y de proyectos, programas y contactando a los investigadores locales con las instituciones extranjeras donde ellos trabajan.

El sólo hecho de otorgarles un reconocimiento, es ayudar a esta diáspora a curar sus cicatrices que siempre les duelen. De este dolor ha nacido la problemática de abordar en democracia las demandas de nuestras comunidades en el exterior. Después de todo, las distintas oleadas migratorias que ha expulsado Chile son la prueba inocultable de las crisis económicas, dramas, ineficiencias, carencias culturales, desajustes y graves enfrentamientos políticos que han cruzado la dinámica histórica, política y social chilena en más de un siglo y medio.

CONCLUSIONES

Actualmente, existe una población cercana al millón de chilenos residiendo en más de 100 países. Esta comunidad podría considerarse cuantitativamente grande para un país como el nuestro que tiene 16 millones de habitantes.

Luego del gran flujo de exiliados entre 1973 y 1987, que según los archivos de la Vicaría de la Solidaridad llegaron a 230 mil expulsados, la última década ha registrado otra ola migratoria, más pequeña pero significativamente cualitativa: la de los ejecutivos de empresas y estudiantes de post grado. Sólo en los Estados Unidos, de acuerdo a las estadísticas del Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, estudian pre y post grado más de 3.000 estudiantes chilenos. Otros tantos lo hacen en universidades europeas y latinoamericanas. Hay también, jóvenes que emigran a la Argentina para recibir enseñanza universitaria gratuita. Aunque se costean su permanencia, de todas maneras a sus padres les produce un ahorro cuantioso que pagarles una carrera en alguna universidad estatal o privada de Chile. En el 2004, se estimaba en unos 1.100 los estudiantes que cursaban estudios en diversas carreras científicas y humanísticas en las Universidades de Buenos Aires, La Plata y del Comahue, esta última en la provincia de Neuquén.

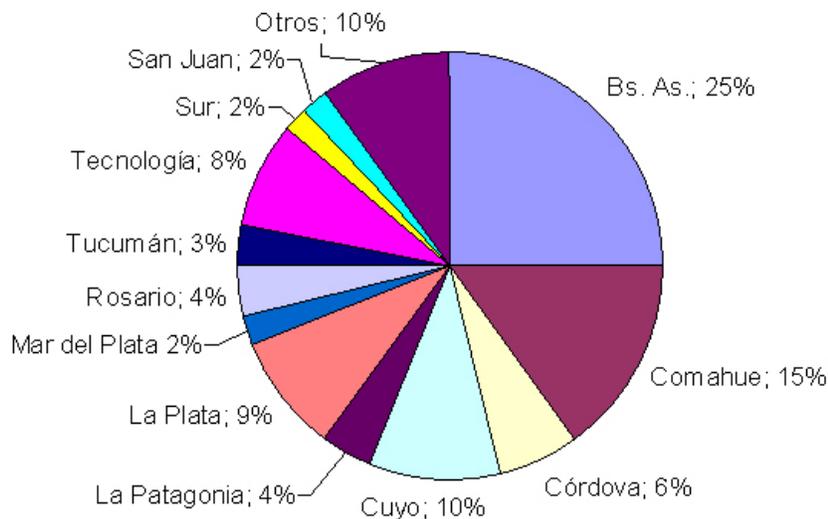
Es la realidad actual la que debe impulsar a nuestro país a acoger y atender a su gente, que voluntariamente o presionada ha elegido emigrar en busca de nuevos desarrollos personales. Algo comienza a vislumbrarse al respecto. A partir del 2001, y por mandato del ex gobierno del Presidente Ricardo Lagos, el Ministerio de Relaciones Exteriores inició un intenso trabajo para ubicar, censar, conocer y atender las demandas de esta diáspora y, también, para proponer una política de Estado

hacia ella. En este sentido, la existencia de agrupaciones unidas e integradas será vital para desarrollar actividades de todo tipo. Por las dimensiones y características de los residentes en el exterior, los Consulados chilenos son los que están más cerca y en permanente contacto con estos inmigrantes. Su misión es desarrollar, al interior de las comunidades chilenas y de los que, definitivamente, se quedaron a vivir afuera, la cohesión, la unidad y a convocarlos a participar a través de la asociatividad.

Hoy en día, estas tareas son más fáciles de sobrellevar que en las décadas pasadas, esencialmente producto de la aceleración de las telecomunicaciones y los múltiples adelantos técnicos. El proceso económico global, inseparable de la masificación de las comunicaciones, los contactos, intercambios de información, comercio e influencias mutuas, está permitiendo mirar a estos transterrados con un sentido distinto. Es un hecho que para este segmento de nuestra población “sin fronteras”, que habita progresivamente en un espacio territorial, los problemas además de ser nacionales, son globales.

Ellos han pasado a formar parte de un segmento que puede vivir en más de un lugar a la vez, confirmando así que la residencia de los habitantes de un país ya no es algo tan estático o determinado.

Estudiantes universitarios de origen chileno según universidades Argentinas



Por el contrario, en la actualidad, podría establecerse que para esta parte de la población inmigrante, la residencia planetaria es un hecho tangible, apoyado por los medios tecnológicos de transporte y las telecomunicaciones.

Un ejemplo de esta dinámica son los viajes que los chilenos residentes en países del primer mundo pueden costearse sin problemas y lo accesible de las comunicaciones telefónicas y electrónicas. Son las facilidades de un mundo en permanente red virtual, viviendo en un mismo tiempo, lo que permite que el tránsito de remesas, las tupidas redes de relaciones, influencias e intercambios, en las cuales ya no importa dónde resida una persona, sino si está comunicada o no.

En esta comunicación radica la importancia de las comunidades de chilenos en el exterior, muchos de los cuales poseen altas calificaciones profesionales e incluso con niveles de influencias en distintas esferas del poder, del conocimiento y de la investigación: tres áreas inseparables en la mundialización. Nuestros connacionales repartidos por el mundo, bien podrían constituirse en puntos de contactos importantes en zonas claves, generando posibles espacios de penetración en las redes de la globalización. La ubicación de ellos como piezas de interacción, es clave para lograr un mejor posicionamiento de su país de origen en las esferas de los gobiernos planetarios.

Mirar hacia estas comunidades es no desperdiciar ese cualitativo capital humano existente, que a ellos les ha tomado largos años poder desarrollarse e insertarse en las distintas esferas geográficas. Además, podrían ser excelentes antenas hacia la información, el conocimiento y la tecnología mundial, y por cierto hacia una amplia gama de riqueza cultural de escaso o poco desarrollo en Chile. La gran ventaja es que muchos de ellos ya son parte legal e institucional de las sociedades altamente desarrolladas que los acogieron. Está claro que no volverán, pero eso no les impide convertirse en una plataforma de acceso a importantes instituciones científicas o académicas para muchos de sus colegas investigadores que están en Chile.

Y para contar efectivamente con ellos es vital articular y fortalecer los lazos de comunicación que aborden ámbitos muy amplios de los derechos ciudadanos, como derecho a voto, la nacionalidad, los derechos humanos, los resguardos sociales, y un área fundamental como es la mantención de la identidad a través de la elaboración de una política cultural de altura y programas de difusión.

En definitiva, las comunidades chilenas y sus integrantes deben ser considerados como ciudadanos en toda la plenitud de sus derechos y culturalmente hablando. Una tarea prioritaria es reconocer su pertenencia, analizar sus dispares situaciones y conectarlos a la patria. Una conexión que debe constituirse en un proyecto de largo aliento y de proyección estratégica.

Esta riqueza de saberes, tremendamente amplia, que hoy por hoy está repartida por el mundo puede llenar un espacio económico y cultural importante para Chile. A la vez que ayudaría a integrar, definitivamente, a los chilenos sin fronteras al quehacer nacional. Ellos constituyen la verdadera región virtual que tiene más población que cualquier región de Chile y con una tremenda capacidad en recursos humanos. Sin embargo, para superar su dispersión por los cinco continentes se hace necesario fijar, como explicábamos, políticas públicas muy concretas y definidas para ellos.

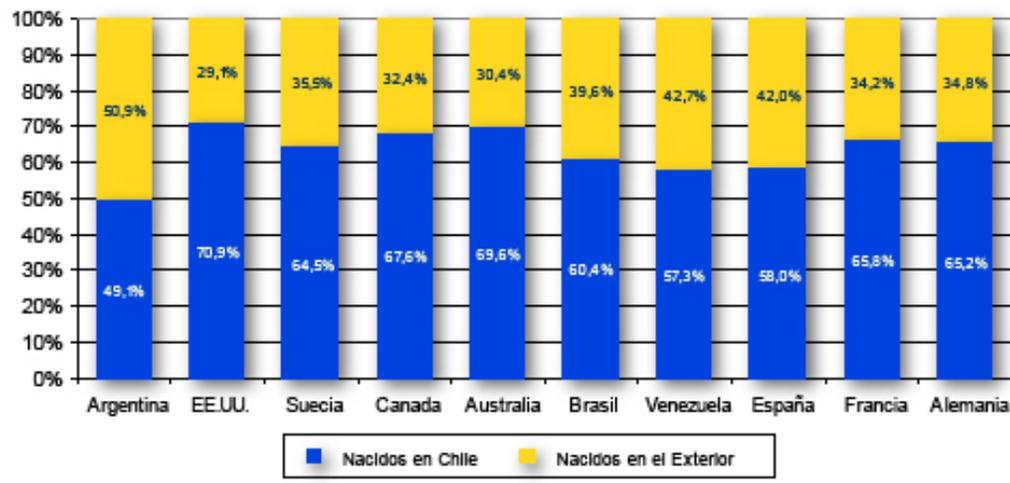
Este es uno de los grandes desafíos futuros.

ANEXOS

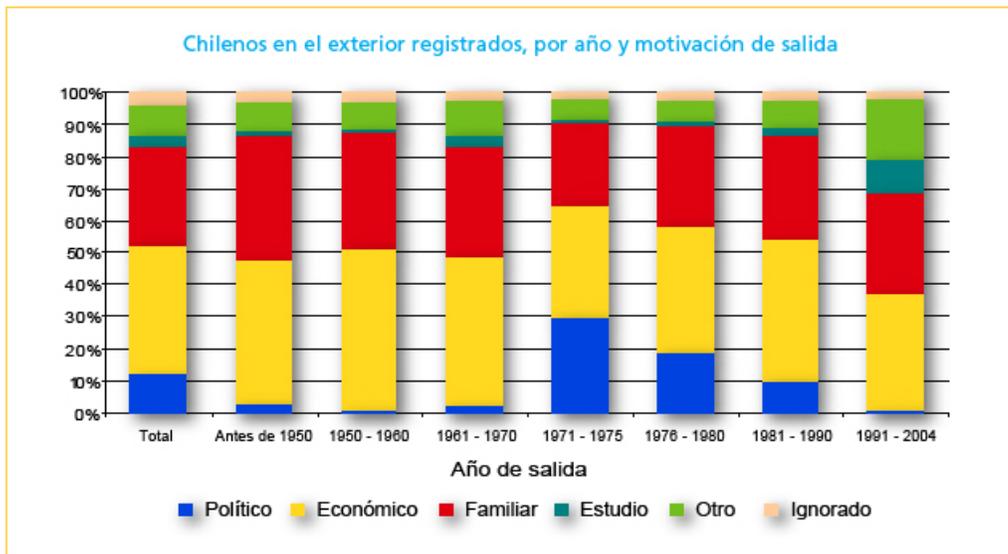
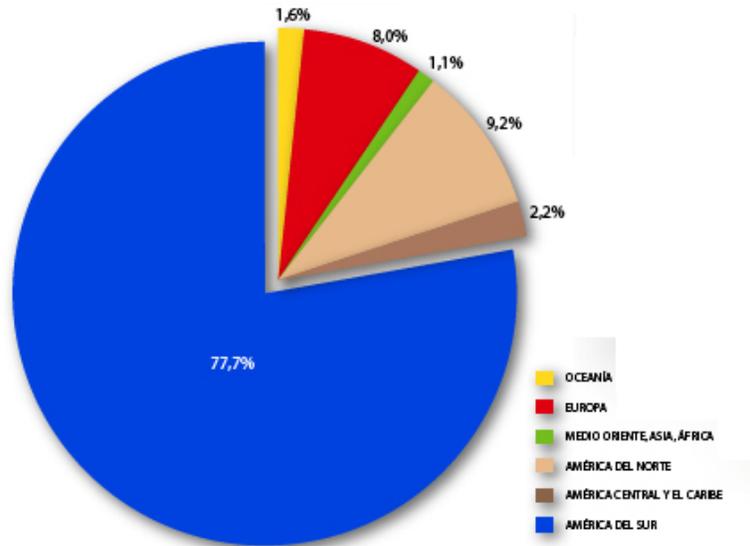
Países con Población Estimada de más de 3.000 Chilenos o Hijos de Chilenos

País	Nacidos en Chile	Nacidos en el Exterior	Total	%
Argentina	211.093	218.615	429.708	50,1%
EE.UU.	80.805	33.129	113.934	13,3%
Suecia	27.345	15.051	42.396	4,9%
Canadá	25.415	12.162	37.577	4,4%
Australia	23.420	10.206	33.626	3,9%
Brasil	17.131	11.240	28.371	3,3%
Venezuela	15.520	11.586	27.106	3,2%
España	13.864	10.047	23.911	2,8%
Francia	10.388	5.394	15.782	1,8%
Alemania	6.704	3.576	10.280	1,2%
Ecuador	4.702	5.180	9.882	1,2%
Perú	4.652	4.649	9.301	1,1%
Bolivia	4.469	3.733	8.202	1,0%
Noruega	5.511	2.483	7.994	0,9%
R. Unido	5.131	1.826	6.957	0,8%
Israel	2.780	2.709	5.489	0,6%
México	3.806	1.659	5.465	0,6%

Proporción de Chilenos Residentes según Lugar de Nacimiento (10 países con mayor población chilena estimada)



ANEXOS



BIBLIOGRAFIA

- Vida de Sócrates, Antonio Tobar. Alianza Editorial, Madrid. 1984.
- La arquitectura de la memoria, espacio e identidad, Adolfo Vázquez Rocca. Revista “A Parte Rei” de la Sociedad de Estudios Filosóficos de Madrid. 2006.
- Diario de un viaje a California. Vicente Pérez Rosales. Editorial Francisco de Aguirre. Reedición, Santiago. 1971.
- Recuerdos del Pasado. Vicente Pérez Rosales. Editorial Zigzag, Reedición, Santiago. 1958.
- Oro en California. Vicente Pérez Rosales. Editorial Nascimento, Santiago. 1974.
- Episodios Chilenos en California. Carlos López Urrutia. Ediciones Universitarias, Valparaíso. 1975.
- Revisitando Chile: identidades, mitos e historias. Compiladora Sonia Montecino. Cuadernos Bicentenario, Andros Impresores, Santiago. 2003.
- Los trasplantados. Alberto Blest Gana. Editorial Andrés Bello, Santiago. 1993.
- Confieso que he vivido. Pablo Neruda. Editorial Seis Barral, Barcelona. 1974.
- O’Higgins. Jaime Eyzaguirre. Editorial Zigzag, Santiago. 11ª Edición, 1995.
- Antología de Gabriela Mistral. Editora Prosa, Santiago. 2001.
- Crónicas de dos regiones hermanas. Impresores Verlap, Buenos Aires, Argentina. 1997.
- Bajo un cielo austral: Vivencias y memorias de chilenos en Australia. Compilación de testimonios y relatos. Editor, Embajada de Chile. Canberra, Australia. 2005.
- Tan lejos, tan cerca: Autobiografías de chilenos en Suecia. Compilación de testimonios y relatos. Editor, Embajada de Chile en Suecia. Estocolmo, Suecia. 2002.
- El Reencuentro: una cita entre chilenos del mundo. Compilación de ponencias del En-

cuentro de Comunicadores Chilenos en el Exterior. Editor, Dirección para la Comunidad de Chilenos en el Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores. LOM Ediciones, Santiago. 2003.

-Chilenos en el Exterior: dónde viven, cuántos son y qué hacen. Antecedentes del Primer Registro de Chilenos en el Exterior. Editores, Instituto Nacional de Estadísticas (INE) y Dirección para la Comunidad de Chilenos en el Exterior (DICOEX). 2005.

DOCUMENTALES

-Los chilenos en Australia.

Investigación de Gustavo Martín Montenegro. Sydney, Australia. 2003.

-Los chilenos en el exterior: una nueva región.

Documento de Máximo Guerrero Ceballos. Estocolmo, Suecia. 2001.

HEMEROTECA

-Relatos de chilenos en el mundo. Diario electrónico Chile.Com 2006.

-Cartas Informativas Dicoex. 2005-2006.